



Antología poética

Francisco de Quevedo

Colección 10.º Aniversario

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes



Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes Saavedra

Universidad de Alicante

Copyright © Universidad de Alicante, Banco Santander Central
Hispano 1999-2001. Accesible desde <http://cervantesvirtual.com>

Año 2003

ÍNDICE

Sonetos

Romances

Silvas

Letrillas

Canciones

Décimas, redondillas y madrigal

Jácaras y bailes

Epístolas y poemas

El tiempo no ha sido benévolo y justo con don Francisco de Quevedo; para su fama -ese rumor común del mundo- ha recogido sólo la chispeante y desfatigosa nota juvenil de su obra, dejando en sombra y olvido lo más denso y humano de su pensamiento. Quevedo, así, aparenta ser apenas el Quevedo de burlas, despiadado y quemante; el Quevedo de la política y la aventura, el de la intriga por dentro; un Quevedo a flor de ola, que ignora dónde le arrastra el mundo y sus contingencias, que pasará la muerte como un trago inesperado y sencillo. Esta es la cara corriente que la moneda de la fama nos da del pintor del Licenciado Cabra. El busto que fue esculpido en ella presenta aquellas gafas de cristal grueso, que separan los ojos del contacto directo con las cosas, y quizá las deforma y las enturbia. Pero, como toda moneda, tiene también el sello que atestigua el valor, y que, hurtándonos la figura, nos da el otro sentido real de su importancia. Toda moneda tiene su cruz. Este reverso, en Quevedo -velado por su fácil fama y puesto casi en olvido-, es el de su humanidad, el de su cruz, el de la antiburla: Unamuno diría el de su agonía. En los escritores satíricos se da, con ira o melancolía, este conocimiento de la dualidad del mundo: luz y sombra, vida y muerte, imagen de su propio ser. Es fácil advertir en la luz de sus risas, aquella vaga tristeza que «fiso ser rudo trovador» al socarrón Arcipreste de Hita; no deja tampoco de mostrarse en lo sombrío, la

fatiga dulce y inquietud preciosa,

que les mueve cuando quieren resolver en sí mismos aquella dualidad originaria, unificando las vivencias contrarias -vida y muerte- en una tensión angustiosa de su alma, en un paroxismo: nace en ellos, con este intento, la conciencia de la imposibilidad de expresar en el tiempo y en las palabras su deseo, y las voces usadas se mueven entre límites conceptismo un juego retórico fácil -«pajaritos de plumas de tintero» dijo el propio Quevedo-, atento sólo al brillo de la imagen: esta posición crítica, poco humanista, peca justamente por cegarse ante la forma, ignorando la hondura inesperada que alcanza respecto al ser, un poeta como Quevedo. Las formas sensibles y extremas en que se mueve la lírica del Siglo de Oro español, apartando la mecánica difícil, pero clarificada por estudios como los de Dámaso Alonso, de Góngora, son las que representan fray Luis de León y Quevedo: la soledad apacible y deseada por la razón, con que el autor de *Los nombres de Cristo*, esquiva el mundo en busca de la paz:

traspasaré la vida

en gozo, en paz, en luz no corrompida,

(y que podría tener como lema otro verso, del mismo poeta: «huye, que sólo aquel que huye escapa»); frente a la entrega total de Quevedo, a la violenta vida,

Fray Luis huye, y por ello escapa del tiempo, buscando la eternidad, creando su estilo bajo una luz no corrompida de sombras. Quevedo se agita, quiere aunar la luz y la tiniebla, hacer una la vida y el morir, resolviendo aquella íntima antinomia,

amando la vida con saber que es muerte.

Para el autor de la explicación del *Cantar de los Cantares*, la perfección está en el «ver sin movimiento», en la impasibilidad ardiente del conocer angélico; para el autor de *La cuna y la sepultura*, en el hacer con la vida, en el tiempo, la estatua de su inmortalidad, «cavar en mi vivir mi monumento», no ignorando que de sus actos se levanta la propia eternidad:

solamente

lo fugitivo permanece y dura.

No se trata, pues, de diferencias críticas entre clasicismo y romanticismo, pues ambos buscan el mismo tono humano de su perfección poética, ambos conforman lo externo formal al contenido de ideas que lleva su poesía, sino de temperamento vital, en el ansia totalitaria de existir. Quevedo

vive con desesperadas raíces en la tierra: «la vida es mi prisión, y no lo creo» dice, y soñando la libertad y el amor, se desengaña cuando busca abrazar enardecido la figura ajena:

aire abrazo, agua aprieto,

quedando en aquella soledad que le revela a él -esclavo de las ansias y el suspiro-, que apenas es ceniza que sobró a la llama, inerte seña de su vida, viva muerte. Humana es toda la poesía de Quevedo, Y como tal, infatigable a la visión del mundo, amplia de vuelo, aunque no siempre de sostenida intensidad.

En esta selección de las nueve musas del *Parnaso Español*, de Quevedo, se ha pretendido resucitar -sin eliminar el otro- el aspecto desdeñado de su grandeza, basándose en aquello que no puede morir porque es eterno, como el hombre: su angustia, su humanidad, y aquella guerra entre la muerte y la vida, que es toda agonía:

Y así es verdad, Inarda, cuando escribo,
que yo soy y no soy, y muero y vivo.

Roque Esteban Scarpa

Sonetos

Con ejemplos muestra a Flora la brevedad
de la hermosura, para no malograrla

La mocedad del año, la ambiciosa
vergüenza del jardín, el encarnado
oloroso rubí, tiro abreviado,
también del año presunción hermosa:

la ostentación lozana de la rosa,
deidad del campo, estrella del cercado,
el almendro en su propia flor nevado,
que anticiparse a los calores osa:

repreensiones son, ¡oh Flora!, mudas
de la hermosura y la soberbia humana,
que a las leyes de flor está sujeta.

Tu edad se pasará mientras lo dudas,
de ayer te habrás de arrepentir mañana,



y tarde, y con dolor, serás discreta.

Compara el discurso de su amor con el de un arroyo

Torcido, desigual, blando y sonoro,
te resbalas secreto entre las flores,
hurtando la corriente a los calores,
cano en la espuma, y rubio como el oro.

En cristales dispensas tu tesoro,
líquido plectro a rústicos amores,
y templando por cuerdas ruseñores,
te ríes de crecer, con lo que lloro.

De vidrio en las lisonjas divertido,
gozoso vas al monte, y despeñado
espumoso encaneces con gemido.

No de otro modo el corazón cuitado,
a la prisión, al llanto se ha venido,



alegre, inadvertido y confiado.

Amante que hace lección para aprender
a amar de maestros irracionales

Músico llanto en lágrimas sonoras
llora monte doblado en cueva fría,
y destilando líquida armonía,
hace las peñas cítaras canoras.

Ameno y escondido a todas horas,
en mucha sombra alberga poco día:
no admite su silencio compañía,
sólo a ti, solitario, cuando lloras.

Son tu nombre, color, y voz doliente,
señas más que de pájaro, de amante:
puede aprender dolor de ti un ausente.

Estudia en tu lamento y tu semblante



gemidos este monte y esta frente:
y tienes mi dolor por estudiante.

Amante desesperado del premio y obstinado en amar

Qué perezosos pies, que entretenidos
pasos lleva la muerte por mis daños;
el camino me alargan los engaños
y en mí se escandalizan los perdidos.

Mis ojos no se dan por entendidos,
y por descaminar mis desengaños,
me disimulan la verdad los años
y les guardan el sueño a los sentidos.

Del vientre a la prisión vine en naciendo,
de la prisión iré al sepulcro amando,
y siempre en el sepulcro estaré ardiendo.

Cuantos plazos la muerte me va dando



prolijidades son, que va creciendo,
porque no acabe de morir pensando.

Exhorta a los que amaren, que no sigan
los pasos por donde ha hecho su viaje

Cargado voy de mí, veo delante
muerte, que me amenaza la jornada:
ir porfiando por la senda errada
más de necio será que de constante.

Si por su mal me sigue necio amante
(que nunca es sola suerte desdichada),
¡ay!, vuelva en sí, y atrás, no dé pisada
donde la dio tan ciego caminante.

Ved cuán errado mi camino ha sido;
cuán solo y triste y cuán desordenado,
que nunca así le anduvo pie perdido:

pues por no desandar lo caminado,
viendo delante y cerca fin temido,
con pasos, que otros huyen, le he buscado.

A una dama que apago una bujía, y la
volvió a encender en el humo soplando

La lumbre, que murió de convencida
con la luz de tus ojos, y apagada,
por si en el humo se mostró enlutada,
exequias de tu llama ennegrecida.

Bien pudo blasonar su corta vida,
que la venció beldad tan alentada,
que con el firmamento en estacada
rubrica en cada rayo una herida.

Tú, que la diste muerte, ya piadosa
de tu rigor, con ademán travieso



la restituyes vida más hermosa.

Resucitola un soplo tuyo impreso
en humo, que en tu boca es milagrosa,
aura que nace con facción de beso.

Afectos varios de su corazón, fluctuando
en las ondas de los cabellos de Lisi

En crespas tempestad del oro undoso
nada golfos de luz ardiente y pura
mi corazón, sediento de hermosura,
si el cabello deslaza generoso.

Leandro en mar de fuego proceloso
su amor ostenta, su vivir apura;
Ícaro en senda de oro mal segura
arde sus alas por morir glorioso.

Con pretensión de fénix encendidas



sus esperanzas, que difuntas lloro,
intenta que su muerte engendre vidas.

Avaro y rico, y pobre en el tesoro,
el castigo y la hambre imita a Midas,
Tántalo en fugitiva fuente de oro.

Conoce las fuerzas del tiempo, y el
ser ejecutivo cobrador de la muerte

¡Cómo de entre mis manos te resbalas!
¡Oh, cómo te deslizas, edad mía!
¡Qué mudos pasos traes, oh muerte fría,
pues con callado pie todo lo igualas!

Feroz de tierra el débil muro escalas,
en quien lozana juventud se fía;
mas ya mi corazón del postrer día
atiende el vuelo, sin mirar las alas.

¡Oh condición mortal! ¡Oh dura suerte!

¡Que no puedo querer vivir mañana,
sin la pensión de procurar mi muerte!

¡Cualquier instante de la vida humana
es nueva ejecución, con que me advierte
cuán frágil es, cuán mísera, cuán vana.

A Aminta, que teniendo un clavel en la boca,
por morderle se mordió los labios, y salió sangre

Bastábale al clavel verse vencido
del labio en que se vio, cuando esforzado
con su propia vergüenza lo encarnado,
a tu rubí se vio más parecido.

Sin que en tu boca hermosa dividido
fuese de blancas perlas granizado,
pues tu enojo, con él equivocado,

el labio por clavel dejó mordido.

Si no cuidado de la sangre fuese,
para que a presumir de tiria grana,
de tu púrpura líquida aprendiese.

Sangre vertió tu boca soberana,
porque roja victoria amaneciese,
llanto al clavel, y risa a la mañana.

Amor que, sin detenerse en el afecto sensitivo, pasa al intelectual

Mandome, ¡ay Fabio!, que la amase Flora
y que no la quisiese, y mi cuidado
obediente, y confuso, y mancillado,
sin desearla, su belleza adora.

Lo que el humano afecto siente, y llora,
goza el entendimiento amartelado
del espíritu eterno, encarcelado



en el claustro mortal que le atesora.

Amar es conocer virtud ardiente;
querer es voluntad interesada,
grosera, y descortés caducamente.

El cuerpo es tierra, y lo será, y fue nada;
de Dios procede a eternidad la mente,
eterno amante soy de eterna amada.

En vano busca la tranquilidad en el amor

A fugitivas sombras doy abrazos,
en los sueños se cansa el alma mía;
paso luchando a solas noche y día,
con un trago que traigo entre mis brazos.

Cuando le quiero más ceñir con lazos,
y viendo mi sudor se me desvía,
vuelvo con nueva fuerza a mi porfía,



y temas con amor me hacen pedazos.

Voyme a vengar en una imagen vana,
que no se aparta de los ojos míos;
búrlame, y de burlarme corre ufana.

Empiézola a seguir, fáltanme bríos,
y como de alcanzarla tengo gana,
hago correr tras ella el llanto en ríos.

Definiendo el amor

Es hielo abrasador, es fuego helado,
es herida, que duele y no se siente,
es un soñado bien, un mal presente,
es un breve descanso muy cansado.

Es un descuido, que nos da cuidado,
un cobarde, con nombre de valiente,
un andar solitario entre la gente,



un amar solamente ser amado.

Es una libertad encarcelada,
que dura hasta el postrero parasismo,
enfermedad que crece si es curada.

Este es el niño Amor, este es tu abismo:
mirad cuál amistad tendrá con nada,
el que en todo es contrario de sí mismo.

A la edad de las mujeres

De quince a veinte es niña; buena moza
de veinte a veinticinco, y por la cuenta
gentil mujer de veinticinco a treinta.
¡Dichoso aquel que en tal edad la goza!

De treinta a treinta y cinco no alborozas;
mas puédese comer con sal pimienta;
pero de treinta y cinco hasta cuarenta

anda en vísperas ya de una coroza.

A los cuarenta y cinco es bachillera,
ganguea, pide y juega del vocablo;
y cumplidos los cincuenta, da en santera,

y a los cincuenta y cinco echa el retablo.
Niña, moza, mujer, vieja, hechicera,
bruja y santera, se la lleva el diablo.

Retrato de Lisi que traía en una sortija

En breve cárcel traigo aprisionado,
con toda su familia de oro ardiente,
el cerco de la luz resplandeciente,
y grande imperio del amor cerrado.

Traigo el campo que pacen estrellado
las fieras altas de la piel luciente,
y a escondidas del cielo y del Oriente,



día de luz y parto mejorado.

Traigo todas las Indias en mi mano,
perlas que en un diamante por rubíes
pronuncian con desdén sonoro hielo;

y razonan tal vez fuego tirano,
relámpagos de risa carmesíes,
auroras, gala y presunción del cielo.

Amor constante más allá de la muerte

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra, que me llevaré el blanco día;
y podrá desatar esta alma mía
hora, a su afán ansioso linsojera;

mas no de esotra parte en la ribera
dejará la memoria en donde ardía;
nadar sabe mi llama la agua fría,



y perder el respeto a ley severa:

Alma a quien todo un Dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
medulas que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejarán, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrán sentido.
Polvo serán, mas polvo enamorado.

Lamentación amorosa y postrero sentimiento del amante

No me aflige morir, no he rehusado
acabar de vivir, ni he pretendido
alargar esta muerte, que ha nacido
a un tiempo con la vida y el cuidado.

Siento haber de dejar deshabitado
cuerpo que amante espíritu ha ceñido,
desierto un corazón siempre encendido



donde todo el amor reinó hospedado.

Señas me da mi ardor de fuego eterno,
y de tan larga congojosa historia
sólo será escritor mi llanto tierno.

Lisi, estame diciendo la memoria,
que pues tu gloria la padezco infierno,
que llame al padecer tormentos gloria.

Persevera en la exageración de su afecto
amoroso y en el exceso de su padecer

En los claustros del alma la herida
yace callada; mas consume hambrienta
la vida, que en mis venas alimenta
llama las medulas extendida.

Bebe el ardor hidrópica mi vida,
que ya ceniza amante y macilenta,

cadáver del incendio hermoso, ostenta
su luz en humo y noche fallecida.

La gente esquivo, y me es horror el día;
dilato en largas voces negro llanto,
que a sordo mar mi ardiente pena envía.

A los suspiros di la voz del canto,
la confusión inunda l'alma mía:
mi corazón es reino del espanto.

Prosigue en el mismo estado de sus afectos

Amor me ocupa el seso y los sentidos:
absorto estoy en éxtasi amoroso,
no me concede tregua ni reposo
esta guerra civil de los nacidos.

Explayose el raudal de mis gemidos
por el grande distrito, y doloroso



del corazón, en su penar dichoso,
y mis memorias anegó en olvidos;

todo soy ruinas, todo soy destrozos,
escándalo funesto a los amantes,
que fabrican de lástima sus gozos.

Los que han de ser y los que fueron antes,
estudien su salud en mis sollozos,
y envidien mi dolor, si son constantes.

A Roma, sepultada en sus ruinas

Buscas en Roma a Roma, ¡oh peregrino!,
y en Roma misma a Roma no la hallas:
cadáver son las que ostentó murallas,
y tumba de sí propio el Aventino.

Yace, donde reinaba el Palatino;
y limadas del tiempo las medallas,



más se muestran destrozado a las batallas
de las edades, que blasón latino.

Sólo el Tíber quedó, cuya corriente,
si ciudad la regó, ya sepultura
la llora con funesto son doliente.

¡Oh Roma!, en tu grandeza, en tu hermosura
huyó lo que era firme, y solamente
lo fugitivo permanece y dura.

A la fiesta de toros y cañas en el Buen Retiro, en día de grande nieve

Llueven calladas aguas en vellones
blancos las nubes mudas; pasa el día,
mas no sin majestad en sombra fría,
y mira el sol, que esconde, en los balcones.

No admiten el invierno corazones
asistidos de ardiente valentía;



que influye la española monarquía
fuerza igualmente en toros y rejonos.

El blasón de Jarama, humedecida
y ardiendo la ancha frente en torva saña,
en sangre vierte la purpúrea vida.

Y lisonjera al grande rey de España
la tempestad, en nieve oscurecida,
aplaudió al brazo, al fresno y a la caña.

Memoria inmortal de don Pedro Girón, duque de Osuna

Faltar pudo su patria al grande Osuna,
pero no a su defensa sus hazañas;
diéronle muerte y cárcel las Españas,
de quien él hizo esclava la fortuna.

Lloraron sus invidias una a una
con las propias naciones las extrañas:

su tumba son de Flandes las campanas,
y su epitafio la sangrienta luna.

En sus exequias encendió al Vesubio
Parténope, y Trinacria al Mongibelo;
el llanto militar creció en diluvio.

Dióle el mejor lugar Marte en su cielo;
la Mosa, el Rin, el Tajo y el Danubio
murmuran con dolor su desconsuelo.

Al rey don Felipe IV, en ocasión de haber salido en un día
muy lluvioso a jugar cañas, y haberse serenado luego el cielo

Aquella frente augusta, que corona
cuanto el mar cerca, cuanto el sol abriga,
pues lo que no gobierna lo castiga
Dios, con no sujetarlo a su persona;

pudo, vistiendo a Flora y a Pomona,

mandar que el tiempo sus colores siga,
haciendo que él invierno se desdiga
de los hielos y nieves que blasona.

Pudo al sol, que al diciembre volvió mayo,
volverle de envidioso al occidente
la luz con ceño, él oro con desmayo.

Correr galán, y fulminar valiente
pudo; la caña en él, ser flecha y rayo;
pudo Lope cantarle solamente.

Séneca vuelve a Nerón la riqueza que le había dado

Esta miseria gran señor, honrosa,
de la humana ambición alma dorada;
esta pobreza ilustre acreditada,
fatiga dulce, y inquietud preciosa;

este metal de la color medrosa,

y de la fuerza contra todo osada,
te vuelvo, que alta dádiva invidiada
enferma la fortuna más dichosa.

Recíbelo, Nerón, que en docta historia,
más será recibirlo que fue darlo,
y más seguridad en mí el volverlo:

pues juzgarán, y te será más gloria,
que diste oro a quien supo despreciarlo,
para mostrar que supo merecerlo.

Respuesta de Nerón a Séneca, no admitiéndole lo que le volvía

Séneca, el responder hoy de repente
a tu razonamiento prevenido,
gloria es de tu enseñanza, que ha podido
formar mi lengua contra ti elocuente.

A lo que yo te debo, aun no es decente

eso, que de mi mano has recibido;
y para lo que a mí me debo, ha sido
empezar a premiarte escasamente.

Quieres a costa de la fama mía,
que alaben tu modestia y tu templanza,
y que acusen mi avara hidropesía.

El premio, pues, debido a mi enseñanza
goza, porque el volvérmelo este día,
y no admitirle yo, nos sea alabanza.

Burla de los que con dones quieren
granjear del cielo pretensiones injustas

Para comprar los hados más propicios,
como si la deidad vendible fuera,
con el toro mejor de la ribera
ofreces cautelosos sacrificios.

Pides felicidades a tus vicios;
para tu nave rica y usurera,
viento tasado, y onda lisonjera,
mereciéndole al golfo precipicios.

Porque exceda a la cuenta tu tesoro,
a tu ambición, no a Júpiter engañas,
que él cargó las montañas sobre el oro.

Y cuando l'ara en sangre humosa bañas,
tú miras las entrañas de tu toro,
y Dios está mirando tus entrañas.

Llama a la muerte

Ven ya, miedo de fuertes y de sabios,
dirá la alma indignada con gemido
debajo de las sombras, y el olvido
beberán por demás mis secos labios.



Por tal manera Curios, Decios, Fabios
fueron: por tal ha de ir cuanto ha nacido;
si quieres ser a alguno bien venido,
trae con mi vida fin a mis agravios.

Esta lágrima ardiente con que miro
el negro cerco, que rodea mis ojos,
naturaleza es, no sentimiento.

Con el aire primero este suspiro
empecé, y hoy le acaban mis enojos,
porque me deba todo al monumento.

Repite la fragilidad de la vida y señala sus engaños y sus enemigos

¿Qué otra cosa es verdad, sino pobreza,
en esta vida frágil y liviana?
Los dos embates de la vida humana,
desde la cuna son honra y riqueza.



El tiempo, que ni vuelve ni tropieza,
en horas fugitivas la devana;
y en errado anhelar, siempre tirana,
la fortuna fatiga su flaqueza.

Vive muerte callada y divertida
la vida misma; la salud es guerra
de su propio alimento combatida.

¡Oh cuánto el hombre inadvertido yerra,
que en tierra teme que caerá la vida,
y no ve que en viviendo cayó en tierra!

Pide a Dios le dé lo que le conviene
con sospecha de sus propios deseos

Un nuevo corazón, un hombre nuevo
ha menester, Señor, la ánima mía,
desnúdame de mí, que ser podría



que a tu piedad pagase lo que debo.

Dudosos pies por ciega noche llevo,
que ya he llegado a aborrecer el día,
y temo que hallaré la muerte fría
envuelta en (bien que dulce) mortal cebo.

Tu hacienda soy, tu imagen, Padre, he sido,
y si no es tu interés, en mí no creo,
que otra cosa defiende mi partido.

Haz lo que pide verme cual me veo;
no lo que pido yo, pues de perdido,
recato mi salud de mi deseo.

Sobre las propias palabras de San Marcos,
aconsejando a los reyes imiten en esta acción a Cristo

Llámanle rey, y véndanle los ojos,
y quieren que adivine, y que no vea;



etro le dan, que el viento le menea;
la corona, de juncos y de abrojos.

Con tales ceremonias y despojos,
quiere su rey el reino de Judea:
que mande en caña, que dolor posea,
y que ciego padezca sus enojos.

Mas el Señor, que en vara bien armada
de hierro su gobierno justo cierra,
muestra en su amor clemencia coronada.

La paz compra a su pueblo con su guerra,
en sí gasta las puntas, y la espada;
aprended de Él los que regís la tierra.

Refiere cuán diferentes fueron las acciones
de Cristo Nuestro Señor y de Adán

Adán en Paraíso, vos en huerto,



él puesto en honra, vos en agonía,
él duerme, y vela mal su compañía,
la vuestra duerme, vos oráis despierto.

Él cometió el primero desconcierto,
vos concertaste nuestro primer día,
cáliz bebéis, que vuestro Padre envía,
él come inobediencia, y vive muerto.

El sudor de su rostro le sustenta,
el del vuestro mantiene nuestra gloria,
suya la culpa fue, vuestra la afrenta.

Él dejó error, y vos dejáis memoria,
aquel fue engaño ciego, y esta venta.
¡Cuán diferente nos dejáis la historia!

Inscripción de la estatua del César Carlos V en Aranjuez

Las selvas hizo navegar, y el viento



al cáñamo en sus velas respetaba,
cuando, cortés, su anhélito tasaba
con la necesidad del movimiento.

Dilató su victoria el vencimiento
por las riberas que el Danubio lava;
cayó África ardiente, gimió esclava
la falsa religión en fin sangriento.

Vio Roma en la desorden de su gente,
si no piadosa, ardiente valentía,
y de España, rumor sosegó ausente:

Retiró a Solimán, terror de Hungría,
y por ser retirada más valiente,
se retiró a sí mismo el postrer día.

Por más poderoso que sea el que agravia, deja armas para la venganza

Tú, ya, ¡oh ministro!, afirma tu cuidado,

en no injuriar al mísero y al fuerte;
cuando le quites oro y plata, advierte,
que le dejas el hierro acicalado.

Dejas espada y lanza, al desdichado;
y poder y razón, para vencerte:
no sabe pueblo ayuno temer muerte,
armas quedan al pueblo despojado.

Quien ve su perdición cierta, aborrece
más que su perdición, la causa della,
y esta, no aquella, es más quien le enfurece.

Ama su desnudez y su querella
con desesperación, cuando le ofrece
venganza del rigor, quien lo atropella.

Moralidad útil contra los que hacen
adorno propio de la ajena desnudez



Desabrigan en altos monumentos
cenizas generosas, por crecerse;
y altas ruinas, de que te haces fuerte,
más te son amenaza, que cimientos.

De venganzas del tiempo, de escarmientos,
de olvidos, y desprecios de la muerte,
de túmulo funesto, osas hacerte
árbitro de los mares y los vientos.

Recuerdos y no alcázares fábricas;
otro vendrá después, que de sus torres
alce en tus huesos fábricas más ricas.

De ajenas desnudeces te socorres,
y procesos de mármol multiplicas;
temo que con tu llanto el suyo borres.

En la muerte de Cristo, contra la dureza del corazón del hombre

Pues hoy derrama noche el sentimiento
por todo el cerco de la lumbre pura,
y amortecido el sol en sombra oscura,
da lágrimas al fuego, y voz al viento.

Pues de la muerte el negro encerramiento
descubre con temblor la sepultura,
y el monte, que embaraza la llanura
del mar cercano se divide atento.

De piedra es hombre duro, de diamante
tu corazón, pues muerte tan severa
no anega con tus ojos tu semblante.

Mas no es de piedra, no, que si lo fuera,
de lástima de ver a Dios amante,
entre las otras piedras se rompiera.

Las piedras hablan con Cristo y dan
la razón que tuvieron para romperse

Si dádivas quebrantan peñas duras,
la de tu sangre nos quebranta y mueve,
que en larga copia de tus venas llueve,
fecundo amor en tus entrañas puras.

Aunque sin alma somos criaturas,
a quien por alma tu dolor se debe,
viendo que el día pasa oscuro y breve,
y que el sol mira en él horas oscuras.

Sobre piedra tu Iglesia fabricaste,
tanto el linaje nuestro ennobleciste,
que, Dios y hombre, piedra te llamaste.

Pretensión de ser pan nos diferiste,
y si a la tentación se lo negaste,



al Sacramento en Ti lo concediste.

Representase la brevedad de lo que se vive, y cuán nada parece lo que se vivió

¡Ah de la vida! ¿Nadie me responde?

Aquí de los antaños, que he vivido:

la fortuna mis tiempos ha mordido,

las horas mi locura las esconde.

¡Que sin poder saber cómo ni adónde

la salud y la edad se hayan huido!

Falta la vida, asiste lo vivido,

y no hay calamidad que no me ronde.

Ayer se fue, Mañana no ha llegado,

Hoy se está yendo sin parar un punto;

soy un fue y un será y un es cansado.

En el Hoy y Mañana y Ayer junto



pañales y mortaja, y he quedado
presentes sucesiones de difunto.

Significase la propia brevedad de la vida, sin
pensar y con padecer salteada de la muerte

Fue sueño ayer, mañana será tierra:
poco antes nada, y poco después humo;
y destino ambiciones y presumo,
apenas junto al cerco que me cierra.

Breve combate de importuna guerra,
en mi defensa soy peligro sumo:
y mientras con mis armas me consumo,
menos me hospeda el cuerpo, que me entierra.

Ya no es ayer, mañana no ha llegado,
hoy pasa y es, y fue, con movimiento
que a la muerte me lleva despeñado.



Azadas son la hora y el momento,
que a jornal de mi pena y mi cuidado,
cavan en mi vivir mi monumento.

Enseña cómo todas las cosas avisan de la muerte

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.

Salime al campo, vi que el sol bebía
los arroyos del hielo desatados;
y del monte quejosos los ganados,
que con sombras hurtó su luz al día.

Entré en mi casa: vi que amancillada
de anciana habitación era despojos;
mi báculo más corvo, y menos fuerte.



Vencida de la edad sentí mi espada,
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.

Descuido del divertido vivir a quien la muerte llega impensada

Vivir es caminar breve jornada,
y muerte viva es, Lico, nuestra vida,
ayer al frágil cuerpo amanecida,
cada instante en el cuerpo sepultada.

Nada, que siendo, es poco, y será nada
en poco tiempo, que ambiciosa olvida;
pues de la vanidad mal persuadida,
anhela duración, tierra animada.

Llevada de engañoso pensamiento,
y de esperanza burladora y ciega,
tropezará en el mismo monumento.



Como el que divertido el mar navega,
y sin moverse vuela con el viento,
y antes que piense en acercarse, llega.

A Flori, que tenía unos claveles entre el cabello rubio

Al oro de tu frente unos claveles
veo matizar, cruentos, con heridas;
ellos mueren de amor, y a nuestras vidas
sus amenazas les avisan fieles.

Rúbricas son piadosas, y crueles,
joyas facinorosas, y advertidas,
pues publicando muertes florecidas,
ensangrientan al sol rizos doseles.

Mas con tus labios quedan vergonzosos
(que no compiten flores a rubíes)
y pálidos después, de temerosos.

Y cuando con relámpagos te ríes
de púrpura, cobardes, si ambiciosos,
marchitan sus blasones carmesés.

Finge dentro de sí un infierno, cuyas penas procura mitigar,
como Orfeo, con la música de su canto, pero sin provecho

A todas partes que me vuelvo, veo
las amenazas de la llama ardiente,
y en cualquiera lugar tengo presente
tormento esquivo y burlador deseo.

La vida es mi prisión, y no lo creo;
y al son del hierro, que perpetuamente
pesado arrastro, y humedezco ausente,
dentro mi propio, pruebo a ser Orfeo.

Hay en mi corazón furias y penas,
en él es el amor fuego, y tirano,

y yo padezco en mí la culpa mía.

¡Oh dueño sin piedad, que tal ordenas!
Pues del castigo de enemiga mano
no es precio, ni rescate la armonía.

Descripción del ardor canicular, que
respeto el llanto enamorado y no le enjuga

Ya la insana canícula ladrando
llamas, cuece las mieses, y en hervores
de frenética luz los labradores
ven a Proción los campos abrasando.

El piélagos encendido está exhalando
al sol humos en traje de vapores;
y en el cuerpo la sangre y los humores
discurren, sediciosos fulminando.

Bébese sin piedad la sed del día



en las fuentes, y arroyos, y en los ríos,
la risa, y el cristal, y la armonía.

Sólo del llanto de los ojos míos
no tiene el Can Mayor hidropesía,
respetando el tributo a tus desvíos.

Amor no admite compañía de competidor, así como el reinar

No admiten, no, Floralva, compañía,
amor y majestad siempre triunfante:
solo ha de ser el rey, solo el amante,
humos tiene el favor de monarquía.

El padre ardiente de la luz del día,
no permite que muestre su semblante
estrella presumida y centelleante,
en cuanto reina en la región vacía.

Amor es rey tan grande, que aprisiona



en vasallaje el cielo, el mar, la tierra,
y única y sola majestad blasona.

Todo su amor un corazón lo cierra,
la soledad es paz de su corona;
la compañía, sedición y guerra.

Filosofía con que intenta probar que a un
mismo tiempo puede un sujeto amar a dos

Si de cosas diversas la memoria
se acuerda, y lo presente y lo pasado,
juntos la alivian y la dan cuidado,
y en ella son confines pena y gloria,

y si al entendimiento igual vitoria
concede inteligible lo criado;
y a nuestra libre voluntad es dado
numerosa elección, y transitoria:



Amor, que no es potencia solamente,
sino la omnipotencia padecida
de cuanto sobre el suelo vive, y siente:

¿por qué con dos incendios una vida
no podrá fulminar su luz ardiente
en dos diversos astros encendida?

Artificiosa evasión de la muerte, si valiera

Pierdes el tiempo, muerte, en mi herida,
pues quien no vive no padece muerte;
si has de acabar mi vida, has de volverte
a aquellos ojos, donde está mi vida.

Al sagrado en que habita retraída,
aun siendo sin piedad, no has de atreverte;
que serás vida, si llegase a verte,
y quedarás de ti desconocida.

Yo soy ceniza que sobró a la llama;
nada, dejó por consumir el fuego,
que en amoroso incendio se derrama.

Vuélvete al miserable, cuyo ruego,
por descansar en su dolor, te llama,
que lo que yo no tengo, no lo niego.

Compara al Etna con las propiedades de su amor

Ostentas de prodigios coronado,
sepulcro fulminante, monte aleve,
las hazañas del fuego y de la nieve,
y el incendio en los yelos hospedado.

Arde el invierno en llamas erizado,
y el fuego lluvias, y granizos bebe;
truenas, si gimes: si respiras, llueve,
en cenizas tu cuerpo derramado.



Si yo no fuera a tanto mal nacido,
no tuvieras, ¡oh Etna!, semejante,
fueras hermoso monstruo sin segundo.

Mas como en alta nieve ardo encendido,
soy Encelado vivo, y Etna amante,
y ardiente imitación de ti en el mundo.

No se disculpa, como los necios amantes, de atreverse
a amar; antes persuade a ser superior hermosura,
la que no permite resistencia para ser amada

No si no fuera yo, quien solamente
tuviera libertad después de veros;
fuerza, no atrevimiento, fue el quereros,
y presunción penar tan altamente.

Osé menos dichoso que valiente;
supe, si no obligaros, conoceros:
y ni puedo olvidaros ni ofenderos,

que nunca puro amor fue delincuente.

No desdeña gran mar fuente pequeña,
admite el sol en su familia de oro,
llama delgada, pobre y temerosa;

ni humilde y baja exhalación desdeña.
Esto alegan las lágrimas que lloro,
esto mi ardiente llama generosa.

Exageraciones de su fuego, de su llanto, de sus suspiros y de su pena

Si el abismo, en diluvios desatado
hubiera todo el fuego consumido;
el que enjuga mis venas, mantenido
de mi sangre, le hubiera restaurado.

Si el día, por Faetón descaminado,
hubiera todo el mar y aguas bebido,
con el piadoso llanto que he vertido,

las hubieran mis ojos renovado.

Si las legiones todas de los vientos
guardar Ulises en prisión pudiera,
mis suspiros sin fin otros formaran.

Si del infierno todos los tormentos,
con su música Orfeo suspendiera,
otros mis penas nuevos inventaran.

Los vanos y poderosos, por defuera
resplandecientes, y dentro pálidos y tristes

Si las mentiras de fortuna, Licas,
te desnudas, veraste reducido
a sola tu verdad, que en alto olvido,
ni sigues, ni conoces, ni platicas.

Esas larvas espléndidas y ricas,
que abultan tus gusanos con vestido



en el veneno tirió recocado,
presto vendrán a tu soberbia chicas.

¿Qué tienes, si te tienen tus cuidados?
¿Qué puedes, si no puedes conocerte?
¿Qué mandas, si obedeces tus pecados?

Furias del oro habrán de poseerte,
padecerás tesoros mal juntados,
desmentirá tu presunción la muerte.

Al oro, considerándole en su origen y después en su estimación

Este metal, que resplandece ardiente,
y tanta invidia en poco bulto encierra,
entre las llamas renunció la tierra,
ya no conoce al risco por pariente.

Fundido ostenta brazo omnipotente,
horror, que a la ciudad prestó la sierra,



descolorida paz, preciosa guerra,
veneno de la aurora y del poniente.

Este en dineros ásperos cortado,
orbe pequeño, al hombre le compite
los blasones de ser mundo abreviado.

Pálida ley que todo lo permite,
caudal perdido cuanto más guardado,
sed, que no en la abundancia se remite.

Desengaño de la exterior apariencia
con el examen interior y verdadero

¿Miras este gigante corpulento
que con soberbia y gravedad camina?
Pues por de dentro es trapos y fajina,
y un ganapán le sirve de cimiento.

Con su alma vive y tiene movimiento,

y adonde quiere su grandeza inclina,
mas quien su aspecto rígido examina,
desprecia su figura y ornamento.

Tales son las grandezas aparentes
de la vana ilusión de los tiranos,
fantásticas escorias eminentes.

¿Veslos arder en púrpura, y sus manos
en diamantes y piedras diferentes?
Pues asco dentro son, tierra y gusanos.

A un retrato de don Pedro Girón, duque de Osuna, que
hizo Guido Boloñés, armado, y grabadas de oro las armas

Vulcano las forjó, tocolas Midas,
armas, en que otra vez a Marte cierra;
rígidas con el precio de la sierra
y en el rubio metal descoloridas.



Al ademán siguieron las heridas
cuando su brazo estremeció la tierra;
no las prestó el pincel: diolas la guerra;
Flandes las vio sangrientas y temidas.

Por lo que tienen del Girón de Osuna,
saben ser apacibles los horrores,
y en ellas es carmín la tracia luna.

Fulminan sus semblantes vencedores;
asistió al Arte, en Guido, la Fortuna,
y el lienzo es belicoso en los colores.

Enseña como no es rico el que tiene mucho caudal

Quitar codicia, no añadir dinero,
hace ricos los hombres, Casimiro;
puedes arder en púrpura de Tiro,
y no alcanzar descanso verdadero.



Señor te llamas; yo te considero,
cuando el hombre interior, que vives, miro,
esclavo de las ansias y el suspiro,
y de tus propias culpas prisionero.

Al asiento del alma suba el oro;
no al sepulcro del oro l' alma baje,
ni la compita a Dios su precio el lodo:

descifra las mentiras del tesoro,
pues falta (y es del cielo este lenguaje)
al pobre mucho, y al avaro todo.

A un amigo que retirado de la corte paso su edad

Dichoso tú que alegre en tu cabaña,
mozo y viejo aspiraste la aura pura,
y te sirven de cuna y sepultura,
de paja el techo, el suelo de espadaña.



En esa soledad, que libre baña
callado sol con lumbre más segura,
la vida al día más espacio dura,
y la hora sin voz te desengaña.

No cuentas por los cónsules los años,
hacen tu calendario tus cosechas,
pisas todo tu mundo sin engaños.

De todo lo que ignoras te aprovechas;
ni anhelas premios, ni padeces daños,
y te dilatas cuanto más te estrechas.

Exclama contra el rico, hinchado y glotón

¡Cuántas manos se afanan en Oriente
examinando la mayor altura,
porque en tus dedos breve coyuntura
con todo un patrimonio está luciente!



¡Cuánta descaminada ciega gente
tiene en poco del mar la saña dura,
sólo para que adorne tu locura
rubia calamidad, púrpura ardiente!

¡Cuánto pirata de Noruega atento,
ministro de tu gula, remontando
despuebla de familia alada el viento!

¡Cuánto engaño de cáñamo anudado
tiene el golfo, inquiriendo su elemento
al pasto delicioso del pecado!

Que la vida es siempre breve y fugitiva

Todo tras sí lo lleva el año breve
de la vida mortal, burlando el brío,
al acero valiente, al mármol frío,
que contra el tiempo su dureza atreve.



Antes que sepa andar el pie, se mueve
camino de la muerte, donde envió
mi vida oscura; pobre y turbio río,
que negro mar con altas ondas bebe.

Todo corto momento es paso largo
que doy a mi pesar en tal jornada,
pues parado y durmiendo siempre aguijo.

Breve suspiro, y último, y amargo,
es la muerte forzosa y heredada;
mas si es ley, y no pena, ¿qué me aflijo?

Arrepentimiento y lágrimas debidas al engaño de la vida

Huye sin percibirse lento el día,
y la hora secreta y recatada
con silencio se acerca, y despreciada
lleva tras sí la edad lozana mía.



La vida nueva, que en niñez ardía,
ya juventud robusta, y engañada,
en el postrer invierno sepultada,
yace entre negra sombra y nieve fría.

No sentí resbalar mudos los años,
hoy los lloro pasados, y los veo
riyendo de mis lágrimas y daños.

Mi penitencia deba a mi deseo,
pues me deben la vida mis engaños,
y espero el mal que paso, y no le creo.

Representa la mentirosa y la verdadera riqueza

¿Ves con el oro áspero y pesado
del poderoso Licas el vestido?
¿Ves el sol por sus dedos repartido,
y en círculos su fuego encarcelado?



¿Ves de inmortales cedros fabricado
techo? ¿Ves en los jaspes detenido
el peso del palacio, ennoblecido
con las telas que a Tiro han desangrado?

Pues no lo admires, y alta invidia guarda
para quien de lo poco, humildemente,
no deseando más, hace tesoro.

No creas fácil vanidad gallarda,
que con el resplandor y el lustre miente
pálida sed hidrópica del oro.

Conoce la diligencia con que se acerca la muerte

Ya formidable y espantoso suena
dentro del corazón el postrer día;
y la última hora, negra y fría,
se acerca, de temor y sombras llena.

Si agradable descanso, paz serena,
la muerte en traje de dolor envía,
señas da su desdén de cortesía;
más tiene de caricia que de pena.

¿Qué pretende el temor desacordado,
de la que a rescatar piadosa viene
espíritu en miserias añudado?

Llegue rogada, pues mi bien previene;
hálleme agradecido, no asustado;
mi vida acabe, y mi vivir ordene.

Conjetura la causa de tocarse la campana de velilla, en Aragón, después de la muerte del piadoso rey don Felipe III, y muestra la diferencia con que la oirán los humanos

O el viento sabidor de lo futuro,
clamoreó por el difunto hado;
o en doctos caracteres anudado,

le repitió parlero gran conjuro.

Y puede ser que espíritu más puro,
a la advertencia humana destinado,
pronunció penitencias al pecado
en lenguaje tan breve y tan oscuro.

Profético metal, los ciudadanos
que de agüero y cometa son exentos,
a tu son bailarón por estos llanos.

En tanto que tu voz y tus acentos
oyen descoloridos los tiranos,
y te atienden los reyes macilentos.

Advierte contra el adulador, que lo dulce que
dice no es por deleitar al que lo escucha, sino por
interés propio suyo; y amenaza a quien le da crédito

Con acorde acento, o con ruidos



músicos, ensordécés al gusano,
para que los enojos del verano
no atienda, ni del cielo los bramidos.

No es piedad confundirle los sentidos;
codicia sí, guardándole tirano,
para que su mortaja con su mano
hile, y en su mortaja tus vestidos.

Nació paloma, y en tu seno el vuelo
perdió: gusano arrastra despreciado,
y osas llamar tu vil cautela celo.

Tal fin tendrá cualquiera desdichado,
a quien estorba oír la voz del cielo
con músico alboroto su pecado.

Contra los hipócritas y fingida virtud, en alegoría del cohete

No digas, cuando vieres alto el vuelo



del cohete, en la pólvora animado,
que va derecho al cielo encaminado,
pues no siempre quien sube llega al cielo.

Festivo rayo, que nació del suelo:
en popular aplauso confiado,
disimula el azufre aprisionado,
traza es la cuerda, y es rebozo el vuelo.

Si le vieres en alto radiante,
que con el firmamento y sus centellas
equivoca su sitio y su semblante;

¡Oh, no le cuentes tú por una dellas!
Mira que hay fuego artificial farsante
que es humo, y representa las estrellas.

Gustoso el autor con la soledad y sus estudios, escribió este soneto

Retirado en la paz de estos desiertos,



con pocos, pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos,
y escucho con mis ojos a los muertos.

Si no siempre entendidos, siempre abiertos,
o enmiendan, o secundan mis asuntos,
y en músicos callados contrapuntos
al sueño de la vida hablan despiertos.

Las grandes almas, que la muerte ausenta,
de injurias de los años vengadora,
libra, ¡oh gran don Josef!, docta la imprenta.

En fuga irrevocable huye la hora;
pero aquella el mejor cálculo cuenta,
que en la lección y estudios nos mejora.

Epitafio del duque de Osuna, con sus armas

Memoria soy del más glorioso pecho,

que España en su defensa vio triunfante;
en mí podrás, amigo caminante,
un rato descansar del largo trecho.

Lágrimas de soldado han deshecho
en mí las resistencias del diamante;
yo cierro al que el ocaso y el levante
a su victoria dio círculo estrecho.

Estas armas viudas de su dueño,
que visten de funesta valentía;
este, si humilde, venturoso leño,

del grande Osuna son; él las vestía,
hasta que apresurado el postrer sueño,
le ennegreció con noche el blanco día.

Sepulcro de Jasón el argonauta

Mi madre tuve en ásperas montañas;



si inútil con la edad soy seco leño,
mi sombra fue regalo a más de un sueño,
supliendo al jornalero las cabañas.

Del viento desprecié sonoras sañas,
y al encogido invierno cano ceño;
hasta que a la segur villano dueño
dio licencia de herirme las entrañas.

Al mar di remos, a la patria fría
de los granizos, vela; fuí ligero
tránsito a la soberbia y osadía.

¡Oh amigo caminante! ¡Oh pasajero!
Dile blandas palabras este día
al polvo de Jasón mi marinero.

A Aminta, que se cubrió los ojos con la mano

Lo que me quita en fuego, me da en nieve



la mano, que tus ojos me recata;
y no es menos rigor con el que mata,
ni menos llama su blancura mueve.

La vista presto los incendios bebe,
y volcán por las venas los dilata;
con miedo atento a la blancura trata
el pecho amante, que la siente aleve.

Si de tus ojos el ardor tirano
le pasas por tu mano por templarle,
es gran piedad del corazón humano:

mas no de ti, que puede al ocultarle,
pues es de nieve, derretir tu mano,
si ya tu mano no pretende helarle.

Solicitud de su pensamiento enamorado y ausente

¿Qué buscas, porfiado pensamiento,



ministro sin piedad de mi locura,
invisible martirio, sombra oscura,
fatal persecución del sufrimiento?

Si del largo camino está sediento,
mi vista bebe, su corriente apura;
si te promete albricias la hermosura,
de Lisi por mi fin, vuelve contento.

Yo muero, Lisi, preso y desterrado;
pero si fue mi muerte la partida,
de puro muerto, estoy de mí olvidado.

Aquí para morir me falta vida,
allá para vivir sobró cuidado,
fantasma soy en penas detenida.

Que de Lisi el hermoso desdén fue la prisión de su alma libre

¿Qué importa blasonar del albedrío,



alma, de eterna y libre tan preciada,
si va en prisión de un ceño, y conquistada
padece en un cabello señorío?

Nació monarca del imperio mío
la mente, en noble libertad criada;
hoy en esclavitud yace amarrada
al semblante severo de un desvío.

Una risa, unos ojos, unas manos,
todo mi corazón y mis sentidos
saquearon, hermosos y tiranos.

Y no tienen consuelo mis gemidos;
pues ni de su vitoria están ufanos,
ni de mi perdición compadecidos.

Inútil y débil victoria del amor, en el que ya es vencido amante

Mucho de valeroso y esforzado,

y viéneslo a mostrar en un rendido;
básteme, amor, haberte agradecido
penas, de que me puedo haber quejado.

¿Qué sangre de mis venas no te he dado?
¿Qué flechas de tu aljaba no he sentido?
Mira, que la paciencia del sufrido
suele vencer las armas del airado.

Con otro de tu igual quisiera verte,
que yo me siento arder de tal manera,
que mayor fuera el mal de hacerme fuerte.

¿De qué sirve encender al que es hoguera?
Si no es que quieres dar muerte a la muerte,
introduciendo en mí que el muerto muera.

A una nariz

Érase un hombre a una nariz pegado,



erese una nariz superlativa,
erese una nariz sayón y escriba,
érase un peje espada muy barbado.

Era un reloj de sol mal encarado,
érase una alquitara pensativa,
érase un elefante boca arriba,
era Ovidio Nasón más narizado.

Érase un espolón de una galera,
erese una pirámide de Egipto,
las doce tribus de narices era.

Érase un naricísimo infinito,
muchísimo nariz, nariz tan fiera,
que en la cara de Anás fuera delito.

Mujer puntiaguda con enaguas

Si eres campana, ¿dónde está el badajo?



Si pirámide andante, véte a Egipto;
si peonza al revés, trae sobre escrito;
si pan de azúcar, en Motril te encajo.

Si chapitel, ¿qué haces acá abajo?
Si de disciplinante mal contrito
eres el cucurucho, y el delito,
llámente los cipreses arrendajo.

Si eres punzón, ¿por qué el estuche dejas?
Si cubilete, saca el testimonio;
si eres coraza, encájate en las viejas.

Si buida visión de San Antonio,
llámate doña Embudo con guedejas;
si mujer, da esas faldas al demonio.

Bebe vino precioso con mosquitos dentro

Tudescos moscos de los sorbos finos,

caspa de las azumbres más sabrosas,
que porque el fuego tiene mariposas,
queréis que el mosto tenga marivinos.

Aves luquetes, átomos mezquinos,
motas borrachas, pájaros vinosas,
pelusas de los vinos envidiosas,
abejas de la miel de los tocinos.

Liendres de la vendimia, yo os admito
en mi gaznate, pues tenéis por sogá
al nieto de la vid, licor bendito.

Tomá en el trago hacia mi nuez la boga,
que bebiéndoos a todos, me desquito
del vino, que bebiste, y os ahoga.

Con la comparación de dos toros celosos, pide
a Lisi no se admire del sentimiento de sus celos

¿Ves con el polvo de la lid sangrienta
crecer el suelo y acortarse el día,
en la celosa y dura valentía
de aquellos toros, que el amor violenta?

¿No ves la sangre, que el manchado alienta?
¿El humo que de la ancha frente envía
el toro negro, y la tenaz porfía
en que el amante corazón ostenta?

¿Pues si la ves, ¡oh Lisi!, por qué admiras
que, cuando amor enjuga mis entrañas
y mis venas, volcán reviente en iras?

¿Son los toros capaces de sus sañas,
y no permites, cuando a Bato miras,
que yo ensordezca en llanto las montañas?

Continúa la significación de su amor con la hermosura
que le causa, reduciéndole a doctrina platónica

Lisi, por duplicado ardiente sirio
miras con guerra y muerte l'alma mía;
y en uno y otro sol abres el día,
influyendo en la luz dulce martirio.

Doctas sirenas en veneno tirio
con tus labios pronuncian melodía;
y en incendios de nieve hermosa y fría,
adora primaveras mi delirio.

Amo y no espero, porque adoro amando;
ni mancha al amor puro mi deseo,
que cortés vive y muere idolatrando;

lo que conozco y no lo que poseo
sigo, sin presumir méritos, cuando



prefiero a lo que miro lo que creo.

Obstinado padecer sin intercadencia de alivio

Colora abril el campo que mancilla
agudo hielo y nieve desatada
de nube oscura y yerta, y bien pintada
ya la selva lozana en torno brilla.

Los términos descubre de la orilla
corriente con el sol desenojada:
y la voz del arroyo articulada
en guijas llama l'aura a competilla.

Las últimas ausencias del invierno
anciana seña son de las montañas,
y en el almendro aviso al mal gobierno.

Sólo no hay primavera en mis entrañas,
que habitadas de amor arden infierno,



y bosque son de flechas y guadañas.

Las gracias de la que adora son ocasión
de que viva y muera al mismo tiempo

Esa color de rosa y de azucena,
y ese mirar sabroso, dulce, honesto,
y ese hermoso cuello, blanco, enhiesto,
y boca de rubís, y perlas llena.

La mano alabastrina, que encadena
al que más contra amor está dispuesto,
y el más libre y tirano presupuesto
destierra de las almas, y enajena.

Esa rica y hermosa primavera,
cuyas flores de gracias y hermosura,
ofendellas no puede el tiempo airado,

son ocasión que viva yo, y que muera,

y son de mi descanso y mi ventura,
principio, y fin, y alivio del cuidado.

Rodéanle mil fantasmas engañosas

¿Qué imagen de la muerte rigurosa,
qué sombra del infierno me maltrata?
¿Qué tirano cruel me sigue, y mata,
con vengativa mano, licenciosa?

¿Qué fantasma en la noche temerosa
el corazón del sueño me desata?
¿Quién te venga de mí, divina ingrata,
más por mi mal que por tu bien hermosa?

¿Quién, cuando con dudoso pie, e incierto,
piso la soledad de aquesta arena,
me puebla de cuidados el desierto?

¿Quién el antiguo son de mi cadena



a mis orejas vuelve, si es tan cierto,
que aun no te acuerdas tú de darme pena?

Dice que como el labrador teme el agua cuando viene con
truenos, habiéndola deseado, así es la vista de su pastora

Ya viste que acusaban los sembrados
secos las nubes, y las lluvias; luego
viste en la tempestad temer el riego
los surcos, con el rayo amenazados.

Más quieren verse secos que abrasados,
viendo que a la agua la acompaña el fuego,
y el relámpago, y trueno sordo y ciego,
y mustio el campo teme los nublados.

No de otra suerte temen la hermosura
que en los tuyos mis ojos codiciaron,
anhelando la luz serena y pura.



Pues luego que se abrieron, fulminaron,
y amedrentando el gozo a mi ventura,
encendieron en mí cuanto miraron.

Amante agradecido a las lisonjas mentirosas de un sueño

¡Ay Floralva! Soñé que te... ¿direlo?
Sí, pues, que sueño fue, que te gozaba;
¿Y quien, sino un amante que soñaba,
juntara tanto infierno a tanto cielo?

Mis llamas con tu nieve, y con tu yelo,
cual suele opuestas flechas de su aljaba,
mezclaba amor, y honesto las mezclaba,
como mi admiración en su desvelo.

Y dije, quiera amor, quiera mi suerte,
que nunca duerma yo, si estoy despierto,
y que si duermo, que jamás despierte.



Mas desperté del dulce desconcierto;
y vi que estuve vivo con la muerte,
y vi que con la vida estaba muerto.

Muestra lo que es una mujer despreciada

Disparado esmeril, toro herido,
fuego que libremente se ha soltado,
osa que los hijuelos le han robado,
rayo de pardas nubes escupido.

Serpiente o áspid, con el pie oprimido;
león que las prisiones ha quebrado;
caballo volador desenfrenado;
águila que le tocan a su nido.

Espada que la rige loca mano;
pedernal sacudido del acero;
pólvora a quien llegó encendida mecha.

Villano rico con poder tirano,
víbora, cocodrilo, caimán fiero,
es la mujer, si el hombre la desecha.

A Lísida pidiéndole unas flores que tenía en
la mano y persuadiéndola imite a una fuente

Ya que huyes de mí, Lísida hermosa,
imita las costumbres de esta fuente,
que huye de la orilla eternamente,
y siempre la fecunda generosa.

Huye de mí cortés y desdenosa,
sígate de mis ojos la corriente,
y, aunque de paso, tanto fuego ardiente
merézcate una hierba y una rosa.

Pues mi pena ocasionas, pues te ríes
del congojoso llanto que derramo



en sacrificio al claustro de rubíes,

perdona lo que soy por lo que amo,
y cuando desdeñosa te desvíes,
llévate allá la voz con que te llamo.

A Aminta, que imite al sol al dejarle consuelo cuando se ausenta

Pues eres sol, aprende a ser ausente
del sol, que aprende en ti luz y alegría;
¿no viste ayer el día agonizar el día
y apagar en el mar el oro ardiente?

Luego se ennegreció, mustio y doliente,
el aire adormecido en sombra fría;
luego la noche en cuanta luz ardía,
tantos consuelos encendió al Oriente.

Naces, Aminta, a Silvio del ocaso
en que me dejas sepultado y ciego;

sígote oscuro con dudoso paso.

Concédele a mi noche y a mi ruego,
del fuego de tu sol, en que me abraso,
estrellas, desperdicios de tu fuego.

Con el ejemplo del invierno, imagina si
será admitido su fuego del hielo de Lisi

Pues ya tiene la encina en los tizones
más séquito que tuvo en hoja y fruto,
y el nubloso Orión manchó con luto
las (otro tiempo) cárdenas regiones;

pues perezoso Arturo, y los triones
dispensan breve al sol, y poco enjuto,
y con imperio cano y absoluto,
labra el hielo las aguas en prisiones;

hoy que se busca en el calor la vida,

gracias al dueño invierno, amante ciego,
a quien desprecia Amor, y Lisa olvida;

al hielo hermoso de su pecho llevo
mi corazón, por ver, si agradecida,
se regala su nieve con mi fuego.

Con el ejemplo del fuego, enseña a Alexi, pastor,
cómo se ha de resistir al amor en su principio

¿No ves piramidal y sin sosiego,
en esta vela arder inquieta llama,
y cuán pequeño soplo la derrama
en cadáver de luz, en humo ciego?

¿No ves sonoro y animoso el fuego
arder voraz en una y otra rama,
a quien, ya poderoso, el soplo inflama,
que a la centella dio la muerte luego?



Ansí pequeño amor recién nacido,
muere Alexi, con poca resistencia,
y le apaga una ausencia y un olvido;

mas si crece en las venas su dolencia,
vence con lo que pudo ser vencido,
y vuelve en alimento la violencia.

Habiendo llamado a su zagala Aurora, pide a la del cielo que
se detenga, para ver en ella el retrato de su misma zagala

Tú, princesa bellísima del día,
de las sombras nocturnas triunfadora,
oro risueño y púrpura pintora,
del aire melancólico alegría;

pues del sol que te sigue y que te envía
eres flagrante y rica embajadora;
pues por ennoblecerte llamé Aurora

la hermosa sin igual, zagala mía;

ya que la noche me privó de vella,
y esquiva mis dos ojos, piadosa
entretenme su imagen en su estrella.

Niégame al sol las horas, no invidiosa
su llama, que tus luces atropella,
esconda en ti su ardiente nieve, y rosa.

Lisi, que en su cabello rubio tenía sembrados
claveles carmesíes, y por el cuello

Rizas en ondas ricas del rey Midas,
Lisi, el tacto precioso cuanto avaro;
arden claveles en tu cerco claro,
flagrante sangre, espléndidas heridas.

Minas ardientes al jardín unidas
son milagro de amor, portento raro;



cuando Hibla matiza el mármol paro,
y en su dureza flores ve encendidas.

Esos, que en tu cabeza generosa,
son cruenta hermosura, y son agravio
a la melena rica y victoriosa,

dan al claustro de perlas en tu labio
elocuyente rubí, púrpura hermosa,
ya sonoro clavel, ya coral sabio.

En sueños se ve aún más combatido

Cuando a más sueño el alba me convida,
el velador piloto Palinuro
a veces rompe al natural seguro,
tregua del mal, esfuerzo de la vida.

¿Qué furia armada, o qué legión vestida
del miedo, o manto de la noche oscuro,



sin armas deja el escuadrón seguro,
a mí despierto, a mi razón dormida?

Algunos enemigos pensamientos,
corsarios en el mar de amor nacidos,
mi dormido bajel han asaltado.

El alma toca al arma a los sentidos;
mas como amor los halla soñolientos,
es cada sombra un enemigo armado.

Amor impreso en el alma que dura después de las cenizas

Si hija de mi amor mi muerte fuese,
¡qué parto tan dichoso que sería
el de mi amor contra la vida mía!
¡Qué gloria, que el morir de amar naciese!

Llevara yo en el alma, adonde fuese
el fuego en que me abraso; y guardaría



su llama fiel con la ceniza fría,
en el mismo sepulcro en que durmiese.

De esotra parte de la muerte dura,
vivirán en mi sombra mis cuidados,
y más allá del Lete mi memoria.

Triunfará del olvido tu hermosura,
mi pura fe y ardiente de los hados,
y el no ser por amar será mi gloria.

Náufrago amante entre desdenes

Molesta el ponto Bóreas con tumultos
cerúleos y espumosos; la llanura
del pacífico mar se desfigura,
despedazada en formidables bultos.

De la orilla amenaza los indultos,
que blanda le prescribe cárcel dura;

la luz del sol titubeando oscura,
recela temerosa sus insultos.

Déjase a la borrasca el marinero,
a las almas de Tracia cede el lino,
gime la entena, y gime el pasajero.

Yo así náufrago amante y peregrino,
que en borrasca de amor por Lisi muero,
sigo insano furor de alto destino.

Romances

Halla en la causa de su amor todos los bienes

Después que te conocí,
todas las cosas me sobran:
el sol para tener día,
abril para tener rosas.

Por mi bien pueden tomar
otro oficio las auroras,
que yo conozco una luz
que sabe amanecer sombras.

Bien puede buscar la noche
quien sus estrellas conozca,
que para mi astrología
ya son oscuras y pocas.

Gaste el Oriente sus minas
con quien avaro las rompa,
que yo enriquezco la vista
con más oro a menos costa.

Bien puede la margarita
guardar sus perlas en conchas,

que buzano de una risa

las pesco yo en una boca.

Contra el tiempo y la fortuna
ya tengo una inhibitoria,
ni ella me puede hacer triste,
ni él puede mudarme un hora.

El oficio le ha vacado
a la muerte tu persona:
a sí misma se padece,
sólo en ti viven sus obras.

Ya no importunan mis ruegos
a los cielos por la gloria,
que mi bienaventuranza
tiene jornada más corta.

La sacrosanta mentira,
que tantas almas adoran,
busque en Portugal vasallos,
en Chipre busque coronas.

Predicaré de manera,
tu belleza por Europa,
que no haya herejes de gracias,

y que adoren en ti sola.

Boda y acompañamiento del campo

Don Repollo y doña Berza,

de una sangre y de una casta,

si no caballeros pardos,

verdes fidalgos de España,

casáronse, y a la boda

de personas tan honradas,

que sustentan ellos solos

a lo mejor de Vizcaya,

de los solares del campo

vino la nobleza y gala,

que no todos los solares

han de ser de la montaña.

Vana, y hermosa, a la fiesta

vino doña Calabaza;

que su merced no pudiera

ser hermosa sin ser vana.

La Lechuga, que se viste

sin aseo y con fanfarria,

presumida, sin ser fea,
de frescona y de bizarra.

La Cebolla, a lo viudo,
vino con sus tocas blancas,
y sus entresuelos verdes,
que sin verdura no hay canas.

Para ser dama muy dulce
vino la Lima gallarda,
al principio, que no es bueno
ningún postre de las damas.

La Naranja, a lo ministro,
llegó muy tiesa y cerrada,
con su apariencia muy lisa,
y su condición muy agria.

A lo rico y lo tramposo
en su erizo la Castaña,
que la han de sacar la hacienda
todos por punta de lanza.

La Granada deshonesto
a lo moza cortesana,
desembozo en la hermosura,
descaramiento en la gracia.



Doña Mostaza menuda,

muy briosa y atusada,
que toda chica persona
es gente de gran mostaza.

A lo alindado la Guinda,
muy agria cuando muchacha,
pero ya entrada en edad,
más tratable, dulce y blanda.

La Cereza, a la hermosura
recién venida, muy cara,
pero con el tiempo todos
se le atreven por barata.

Doña Alcachofa, compuesta
a imitación de las flacas,
basquiñas y más basquiñas,
carne poca y muchas faldas.

Don Melón, que es el retrato
de todos los que se casan:
Dios te la depare buena,
que la vista al gusto engaña.

La Berenjena, mostrando
su calavera morada,



porque no regó en el tiempo
del socorro de las calvas,

Don Cohombro desvaído,
largo de verde esperanza,
muy puesto en ser gentil hombre,
siendo cargado de espaldas.

Don Pepino, muy picado
de amor de doña Ensalada,
gran compadre de doctores,
pensando en unas tercianas.

Don Durazno, a lo invidioso,
mostrando agradable cara,
descubriendo con el trato
malas y duras entrañas.

Persona de muy buen gusto,
don Limón, de quien espanta
lo sazonado y panzudo,
que no hay discreto con panza.

De blanco, morado y verde,
corta crin y cola larga,
don Rábano, pareciendo
moro de juego de cañas.



Todo fanfarrones bríos,
todo picantes bravatas,
llegó el señor don Pimiento,
vestidito de botarga.

Don Nabo, que viento en popa
navega con tal bonanza
que viene a mandar el mundo
de gorrón de Salamanca.

Mas baste, por si el lector
objeciones desenvaina,
que no hay boda sin malicias,
ni desposados sin tachas.

Boda de negros

Vi, debe de haber tres días,
en las gradas de San Pedro,
una tenebrosa boda,
porque era toda de negros.

Parecía matrimonio
concertando en el infierno,
negro esposo y negra esposa,

y negro acompañamiento.

Sospecho yo que acostados
parecerán sus dos cuerpos,
junto el uno con el otro
algodones y tintero.

Hundíase de estornudos
la calle por do volvieron,
que una boda semejante
hace dar más que un pimiento.

Iban los dos de las manos,
como pudieran dos cuervos;
otros dicen como grajos,
porque a grajos van oliendo.

Con humos van de vengarse,
que siempre van de humos llenos,
de los que por afrentarlos,
hacen los labios traseros.

Iba afeitada la novia
todo el tapetado gesto,
con hollín y con carbón,
y con tinta de sombreros.

Tan pobres son que una blanca

no se halla entre todos ellos,
y por tener un cornado
casaron a este moreno.

Él se llamaba Tomé,
y ella Francisca del Puerto,
ella esclava y él esclavo
que quiere hincársele en medio.

Llegaron al negro patio,
donde está el negro aposento,
en donde la negra boda
ha de tener negro efecto.

Era una caballeriza,
y estaban todos inquietos,
que los abrasaban pulgas
por perrengues o por perros.

A la mesa se sentaron,
donde también les pusieron
negros manteles y platos,
negra sopa y manjar negro.

Echolos la bendición
un negro veintidoseno,
con un rostro de azabache

y manos de terciopelo.

Diéronles el vino tinto,
pan entre mulato y prieto,
carbonada hubo, por ser
tizones los que comieron.

Hubo jetas en la mesa,
y en la boca de los dueños;
y hongos, por ser la boda
de hongos, según sospecho.

Trujeron muchas morcillas,
y hubo algunos que, de miedo,
no las comieron pensando
se comían a sí mismos.

Cuál por morder el mondongo
se atarazaba algún dedo,
pues sólo diferenciaban
en la uña de lo negro.

Mas cuando llegó el tocino
hubo grandes sentimientos,
y pringados con pringadas
un rato se enternecieron.

Acabaron de comer,

y entró un ministro guineo,
para darles agua manos
con un coco y un caldero.

Por toalla trujo al hombro
las bayetas de un entierro.
Laváronse, y quedó el agua
para ensuciar todo un reino.

Negros dellos se sentaron
sobre unos negros asientos,
y negras voces cantaron
también denegridos versos.

Negra es la ventura
de aquel casado,
cuya novia es negra,
y el dote en blanco.

Burla de los eruditos de embeleco, que enamoran a feas cultas

Muy discretas y muy feas,
mala cara y buen lenguaje,
pidan cátedra y no coche,
tengan oyente y no amante.

No las den sino atención,
por más que pidan y parlen,
y las joyas y el dinero,
para las tontas se guarde.

Al que sabia y fea busca,
el Señor se la depare:
a malos conceptos muera,
malos equívocos pase.

Aunque a su lado la tenga,
y aunque más favor alcance,
un catedrático goza,
y a Pitágoras en carnes.

Muy docta lujuria tiene,
muy sabios pecados hace,
gran cosa será de ver
cuando a Platón requebrare.

En vez de una cara hermosa,
una noche, y una tarde,
¿qué gustos darán a un hombre
dos cláusulas elegantes?

¿Qué gracia puede tener
mujer con fondos de fraile,



que de sermones y chismes,
sus razonamientos hace?

Quien deja lindas por necias,
y busca feas que hablen,
por sabias, como las zorras,
por simples deje las aves.

Filósofos amarillos
con barbas de colegiales,
o duende dama pretenda,
que se escuche, no ose halle.

Échese luego a dormir
entre bártulos y abades,
y amanecerá abrazado
de Zenón y de Cleantes.

Que yo para mi traer,
en tanto que argumentaren
los cultos con sus arpías,
algo buscaré que palpe.

Refiere su nacimiento y las propiedades que le comunico

Pariome adrede mi madre,

¡ojalá no me pariera!,
aunque estaba cuando me hizo,
de gorja naturaleza.

Dos maravedís de luna
alumbraban a la tierra,
que por ser yo el que nacía,
no quiso que un cuarto fuera.

Nací tarde, porque el sol
tuvo de verme vergüenza,
en una noche templada
entre clara y entre yema.

Un miércoles con un martes
tuvieron grande revuelta,
sobre que ninguno quiso
que en sus términos naciera.

Nací debajo de Libra,
tan inclinado a las pesas,
que todo mi amor le fundo
en las madres vendederas.

Diome el León su quartana,
diome el Escorpión su lengua,
Virgo, el deseo de hallarle,

y el Carnero su paciencia.

Murieron luego mis padres,
Dios en el cielo los tenga,
porque no vuelvan acá,
y a engendrar más hijos vuelvan.

Tal ventura desde entonces
me dejaron los planetas,
que puede servir de tinta,
según ha sido de negra.

Porque es tan feliz mi suerte,
que no hay cosa mala o buena,
que aunque la piense de tajo,
al revés no me suceda.

De estériles soy remedio,
pues con mandarme su hacienda,
les dará el cielo mil hijos,
por quitarme las herencias.

Y para que vean los ciegos
pónganme a mí a la vergüenza;
y para que cieguen todos,
llévenme en coche o litera.

Como a imagen de milagros

me sacan por las aldeas,
si quieren sol, abrigado,
y desnudo, porque llueva.

Cuando alguno me convida
no es a banquetes ni a fiestas,
sino a los misas cantanos
para que yo les ofrezca.

De noche soy parecido
a todos cuantos esperan,
para molerlos a palos,
y así inocente me pegan.

Aguarda hasta que yo pase
si ha de caerse una teja;
aciértanme las pedradas,
las curas sólo me yerran.

Si a alguno pido prestado,
me responde tan a secas,
que en vez de prestarme a mí
hace prestar la paciencia.

No hay necio que no me hable,
ni vieja que no me quiera,
ni pobre que no me pida,



ni rico que no me ofenda.

No hay camino que no yerre,
ni juego donde no pierda,
ni amigo que no me engañe,
ni enemigo que no tenga.

Agua me falta en el mar,
y la hallo en las tabernas,
que mis contentos y el vino
son aguados donde quiera.

Dejo de tomar oficio,
porque sé por cosa cierta,
que siendo yo el calcetero
andarán todos en piernas.

Si estudiara medicina,
aunque es socorrida ciencia,
porque no curara yo,
no hubiera persona enferma.

Quise casarme estotro año,
por sosegar mi conciencia,
y dábanme un dote al diablo,
con una mujer muy fea.

Si intentara ser cornudo,

por comer de mi cabeza,
según soy de desgraciado,
diera mi mujer en buena.

Siempre fue mi vecindad
mal casados que vocean,
herradores que madrugan,
herrerros que me desvelan.

Si yo camino con fieltro
se abrasa en fuego la tierra,
y en llevando guardasol
está ya de Dios que llueva.

Si hablo a alguna mujer,
y le digo mil ternezas,
o me pide o me despide,
que en mí es una cosa mesma.

En mí lo picado es roto,
ahorro cualquier limpieza,
cualquier bostezo es hambre,
cualquiera color vergüenza.

Fuera un hábito en mi pecho
remiendo sin resistencia,
y peor que besamanos,

en mí cualquier encomienda.

Para que no estén en casa
los que nunca salen della,
buscarlos yo sólo basta,
pues con eso estarán fuera.

Si alguno quiere morirse
sin ponzoña o pestilencia,
proponga hacerme algún bien,
y no vivirá hora y media.

Y a tanto vino a llegar
la adversidad de mi estrella,
que me inclinó que adorase
con mi humildad tu soberbia.

Y viendo que mi desgracia
no dio lugar a que fuera
como otros tu pretendiente,
vine a ser tu pretenmuela.

Bien sé que apenas soy algo,
mas tú de puro discreta,
viéndome con tantas faltas,
que estoy preñado sospechas.

Aquesto Fabio cantaba



a los balcones y rejas
de Aminta, que aun de olvidarle
le han dicho que no se acuerda.

Advierte al tiempo de mayores hazañas,
en que podrá ejercitar sus fuerzas

Tiempo, que todo lo mudas,
tú, que con las horas breves
lo que nos diste, nos quitas,
lo que llevaste, nos vuelves:

tú, que con los mismos pasos,
que cielos y estrellas mueves,
en la casa de la vida,
pisas umbral de la muerte.

Tú, que de vengar agravios
valle te precias como valiente,
pues castigas, hermosuras,
por satisfacer desdenes:

tú, lastimoso alquimista,
pues del ébano que tuerces,
haciendo plata las hebras,



a sus dueños empobreces:

tú, que con pies desiguales,
pisas del mundo las leyes,
cuya sed bebe los ríos,
y su arena no los siente:

tú, que de monarcas grandes
llevas en los pies las frentes;
tú, que das muerte y das vida
a la vida y a la muerte.

Si quieres que yo idolatre
en tu guadaña insolente,
en tus dolorosas canas,
en tus alas y en tu sierpe:

si quieres que te conozca,
si gustas que te confiese
con devoción temerosa
por tirano omnipotente,

da fin a mis desventuras
pues a presumir se atreven
que a tus días y a tus años
pueden ser inobedientes.

Serán ceniza en tus manos

cuando en ellas las aprietes,
los montes y la soberbia,
que los corona las sienas:

¿y será bien que un cuidado,
tan porfiado cuan fuerte,
se ría de tus hazañas,
y vitorioso se quede?

¿Por qué dos ojos avaros
de la riqueza que pierden
han de tener a los míos
sin que el sueño los encuentre?

¿Y por qué mi libertad
aprimada ha de verse,
donde el ladrón es la cárcel
y su juez el delincuente?

Enmendar la obstinación
de un espíritu inclemente,
entretener los incendios
de un corazón que arde siempre;

descansar unos deseos
que viven eternamente,
hechos martirio del alma,

donde están porque los tiene;

 reprender a la memoria,

que con los pasados bienes,

como traidora a mi gusto

a espaldas vueltas me hiere;

 castigar mi entendimiento,

que en discursos diferentes,

siendo su patria mi alma,

la quiere abrasar aleve;

 estas sí que eran hazañas,

debidas a tus laureles,

y no estar pintando flores,

y madurando las mieses.

 Poca herida es deshojar

los árboles por noviembre,

pues con desprecio los vientos

llevarse los troncos suelen.

 Descuídate de las rosas,

que en su parto se envejecen;

y la fuerza de tus horas

en obra mayor se muestre.

 Tiempo venerable y cano,



pues tu edad no lo consiente,
déjate de niñerías,
y a grandes hechos atiende.

Romance satírico

Pues me hacéis casamentero,
Ángela de Mondragón,
escuchad de vuestro esposo,
las grandezas y el valor.

Él es un médico honrado,
por la gracia del Señor,
que tiene muy buenas letras
en el cambio, y el bolsón.

Quien os lo pintó cobarde
no lo conoce, y mintió,
que ha muerto más hombres vivos
que mató el Cid Campeador.

En entrando en una casa
tiene tal reputación,
que luego dicen los niños:
Dios perdone al que murió.

Y con ser todos mortales

los médicos, pienso yo
que son todos veniales
comparados al doctor.

Al caminante en los pueblos
se le pide información,
temiéndole más que a peste,
de si le conoce, o no.

De médicos semejantes
hace el rey, nuestro señor,
bombardas a sus castillos,
mosquetes a su escuadrón.

Si a alguno cura y no muero,
piensa que resucitó,
y por milagro le ofrece
la mortaja y el cordón.

Si acaso estando en su casa
oye dar algún clamor,
tomando papel y tinta,
escribe: «ante mí pasó».

No se le ha muerto ninguno
de los que cura hasta hoy,

porque antes que se mueran
los mata sin confesión.

De invidia de los verdugos
maldice al corregidor,
que sobre los ahorcados
no le quiere dar pensión.

Piensan que es la muerte algunos;
otros, viendo su rigor,
le llaman el día del juicio,
pues es total perdición.

No come por engordar,
ni por el dulce sabor,
sino para matar la hambre,
que es matar su inclinación.

Por matar mata las luces,
y si no le alumbra el sol,
como murciélagos viven
a la sombra de un rincón.

Su mula, aunque no está muerta,
no penséis que se escapó,
que está matada de suerte,
que le viene a ser peor.



En que se ve tan famoso,
y en tan buena estimación,
atento a vuestra belleza,
se ha enamorado de vos.

No pide le deis más dote
de ver que matéis de amor,
que en matando de algún modo,
para en uno sois los dos.

Casaos con él, y jamás
de viuda tendréis pasión,
que nunca la misma muerte
se oyó decir que murió.

Si lo hacéis, a Dios le ruego
que gocéis con bendición;
pero si no, que nos libre
de conocer al doctor.

A don Álvaro de Luna

A los pies de la fortuna,
el que pisó su cabeza,
los de un Crucifijo santo

con tristes lágrimas riega.

Comenzolos a besar;
mas viendo por una puerta
entrar su truhán llorando,
amortajado en bayeta,

detúvose, y afligido,
le dijo con voces tiernas,
palabras que se ahogaron
nadando en llanto las medias.

Mas el juglar que lo mira,
mudo de pura tristeza,
le respondió mesurado
pidiendo al llanto licencia:

«Tengo, hermosísima Luna,
a decirte cómo empiezas
hoy a ser, Luna en el mundo,
pues que tu noche se llega.

»Quiero también despedirme
de tu casa y tu presencia,
que soy como golondrina
que en el invierno se ausenta.

»Pues siendo mi oficio gracias,

la fortuna que hoy ordena
desgracias sólo a tu casa,
me despide de tu mesa.

»¿Cuántas veces, Condestable,
entre burlas y entre veras,
te pedí de Dios firmada
la cédula de firmeza?

»¿Y cuántas te dije a solas,
que el hombre que en hombre espera
le hace a Dios su contrario,
Dios al hombre casi bestia?

»Siempre las cosas mas altas
están al rayo sujetas,
porque parecen subir
a recibille ellas mismas.

»Un solo arrepentimiento,
mira que caro te cuesta,
porque de cuanto tuviste,
con él tan sólo te quedas.

»No en que eres Luna te fíes,
cuando traidores te cercan,
pues otro sol de justicia

no se libró de tus tretas.

»Ve de Luzbel la privanza,
que cayó por su soberbia,
que aun los ángeles peligran
en la privanza y alteza.

»Fuiste cohete en el mundo,
subiste a las nubes mismas,
subiste resplandeciente,
bajas ya ceniza a tierra.

»Porque la pólvora misma,
que te subió tan ligera,
abrasándote te baja
vuelto carbones en piezas.

»Condestable, mi señor,
ya de tus glorias inmensas,
al mundo que te las dio
toma el Señor residencia.

»Pues que todo fue prestado,
la vida, el honor, las prendas,
no es mucho que agradecido
al que te las dio las vuelvas.

»En esta cárcel del mundo,

sólo de mí diferencias,
en ser mis grillos de hierro,
los tuyos de plata y perlas.

»Esto te digo llorando,
solamente porque entiendas,
que quien fue truhán en burlas,
es predicador en veras».

Diciendo aquesto se fue,
llorando al Conde le deja,
y de ver llorar la Luna
se enlutaron las estrellas.

A Nuestra Señora en su nacimiento

Ya la oscura t triste noche,
llena de tristeza y miedo,
huye por las altas cumbres,
y por los riscos soberbios.

Yo, con ser recién nacida,
de este mundo la destierro,
porque ya en mí reverberan
los rayos del sol inmenso.



Y aunque me miráis tan niña,

soy más antigua que el tiempo,
mucho más que las edades
y que los cuatro elementos.

Del principio fuí criada,
que es el sumo Dios eterno,
y el primero lugar tuve
después del sagrado Verbo.

Infinitos siglos antes
que criara el firmamento,
ya él a mí me había criado
en mitad de aquel silencio.

Su primogénita dice
que soy el santo, y perfecto;
de su propia boca oí
este divino requiebro.

Adornome de virtudes,
ricos tesoros del cielo,
en mí se estarán estables
de este siglo al venidero.

Entonces vendré triunfante,
pues al que es sol verdadero,



le di mis pechos y entrañas,
y encendió de amor mi pecho.

Sírvole con gran amor,
dile el corazón sincero
en la santa habitación
del limpio y santo Cordero.

Cubiertos tuve sus rayos,
y aunque los tuve cubiertos,
él mostró su inmensidad,
yo mi limpieza y buen celo.

Premió tan bien mis servicios,
que en el santo monte excelso
con él quiere que descanse
en el alcázar supremo.

Pisé sus piedras preciosas,
y hollé sus dorados suelos,
y a mí sola dieron silla
como reina de aquel reino.

Recíbeme con aplauso
cantándome himnos y versos,
diciendo que por antigua
merezco el lugar primero.



Por antigua en la creación,
y en ser de virtud ejemplo,
por la primera en vencer
al demonio torpe y feo.

Y porque fuí la primera
que me vestí el ornamento
de la limpia castidad,
e infinitos me siguieron.

Por mi humildad sacrosanta,
que a los más humildes venzo;
y por aquesta humildad
fuí de Dios custodia y templo.

Porque fuí el claustro cerrado,
donde Dios tuvo aposento,
para que el género humano
saliese de cautiverio.

Haced fiesta, mis cofrades,
que el nombre de Antigua quiero;
estimalde y celebralde,
que yo os daré el justo premio.

Y al templo antiguo y famoso,
que alcanza tal epíteto,



enriquecelde vosotros,

que vaya siempre en aumento.

Perseverad hasta el fin
en ser mis devotos rectos,
que yo prometo de daros,
por uno que me deis, ciento.

Silvas

El reloj de arena

¿Qué tienes que contar, reloj molesto,
en un soplo de vida desdichada
que se pasa tan presto?
¿En un camino que es una jornada
breve y estrecha de este al otro polo,
siendo jornada que es un paso solo?
Que si son mis trabajos y mis penas,
no alcanzaras allá, si capaz vaso
fueses de las arenas,
en donde el alto mar detiene el paso.
Deja pasar las horas sin sentirlas,
que no quiero medirlas,
ni que me notifiques de esa suerte
los términos forzosos de la muerte.

No me hagas más guerra,
déjame y nombre de piadosa cobra,
que harto tiempo me sobra
para dormir debajo de la tierra.

Pero si acaso por oficio tienes
el contarme la vida,
presto descansarás, que los cuidados
mal acondicionados
que alimenta lloroso
el corazón cuitado y lastimoso,
y la llama atrevida
que amor, ¡triste de mí!, arde en mis venas
(menos de sangre que de fuego llenas),
no sólo me apresura
la muerte pero abréviame el camino:
pues con pie doloroso,
mísero peregrino,
doy cercos a la negra sepultura.
Bien sé que soy aliento fugitivo;
ya sé, ya temo, ya también espero
que he de ser polvo, como tú, si muero;
y que soy vidrio, como tú, si vivo.

Reloj de campanilla

El metal animado,

a quien mano atrevida, industriosa,
secretamente ha dado
vida aparente en máquina preciosa:
organizando atento
sonora voz a docto movimiento,
en quien, desconocido
espíritu secreto brevemente
en un orbe ceñido,
muestra el camino de la luz ardiente;
y con rueda importuna,
los trabajos del sol y de la luna;
y entre ocasos y auroras,
las peregrinaciones de las horas.
Máquina en que el artífice, que pudo
contar pasos al sol, horas al día,
mostró más providencia que osadía,
fabricando en metal disimuladas
advertencias sonoras repetidas,
pocas veces creídas,
muchas veces contadas.
Tú, que estás muypreciado
de tener el más cierto, el más limado,

con diferente oído,

atiende a su intención y a su sonido.

La hora irrevocable que dio llora,
prevén la que ha de dar y la que cuentas,
lógjala bien, que en una misma hora
te creces y te ausentas.

Si le llevas curioso,
atiéndele prudente,
que los blasones de la edad desmiente
y en traje de reloj llevas contigo,
de el mayor enemigo,
espía desvelada y elegante:

a ti tan semejante,
que presumiendo de abreviar ligera
la vida al sol, al cielo la carrera,
fundas toda esta máquina admirada
en una cuerda enferma y delicada;
que, como la salud en el más sano,
se gasta con sus ruedas y su mano.

Estima sus recuerdos,
teme sus desengaños,
pues ejecuta plazos de los años;

y en él te da secreto

a cada sol que pasa, a cada rayo,

la muerte un contador, el tiempo un ayo.

El reloj de sol

¿Ves, Floro, que, prestando la aritmética

números a la docta geometría,

los pasos de la luz le cuenta al día?

¿Ves por aquella línea bien fijada

a su meridiano, y a su altura,

del sol la velocísima hermosura

con certeza espiada?

¿Agradeces curioso

el saber cuanto vives,

y la luz y las horas que recibes?

Empero, si olvidares estudioso,

con pensamiento ocioso,

el saber cuanto mueres,

ingrato a tu vivir, y morir eres:

pues tu vida, si atiendes su doctrina,

camina al paso que su luz camina.



No cuentas por sus líneas solamente
las horas, sino lógrelas tu mente,
pues en él recordada
ves tu muerte en tu vida retratada;
cuando tú, que eres sombra,
pues la santa verdad así te nombre,
como la sombra suya peregrino,
desde un número en otro tu camino
corres, y pasajero
te aguarda sombra el número postrero.

Túmulo de la mariposa

Yace pintado amante,
de amores de la luz muerta de amores,
mariposa elegante,
que vistió rosas y voló con flores;
y codicioso el fuego de sus galas,
ardió dos primaveras en sus alas.

El aliño de el prado,
y la curiosidad de primavera,
aquí se han acabado,

y el galán breve de la cuarta esfera,
que con dudoso y divertido vuelo
las lumbres quiso amartelar del cielo.

Clementes hospedaron
a duras salamandras llamas vivas,
su vida perdonaron:
y fueron rigurosas, como esquivas,
con el galán idólatra, que quiso
morir como Faetón, siendo Narciso.

No renacer hermosa,
parto de la ceniza, y de la muerte,
como fénix gloriosa,
que su linaje entre las llamas vierte,
que no sabe de amor y de ternura
lo llamará desdicha, y es fineza.

Su tumba fue su amada,
hermosa, sí, pero temprana, y breve,
ciega, y enamorada,
mucho al amor, y poco al tiempo debe,
y pues en sus amores se deshace,
escribase: *Aquí goza, donde yace.*

Himno a las estrellas

A vosotras, estrellas,
alza el vuelo mi pluma temerosa,
del piélago de luz ricas centellas;
lumbre que enciende triste y dolorosa
a las exequias del difunto día,
huérfano de su luz la noche fría;
ejército de oro,
que, por campañas de zafir marchando,
guardáis el trono del eterno coro
con diversas escuadras militando;
argos divino de cristal y fuego,
por cuyos ojos vela el mundo ciego;
señas esclarecidas
que, con llama parlera y elocuente,
por el mudo silencio repartidas,
a la sombra servís de voz ardiente;
pompa que da la noche a sus vestidos,
letras de luz, misterios encendidos.
De la tiniebla triste,
preciosas joyas, y del sueño helado,

galas, que en competencia del sol viste;
espías del amante recatado,
fuentes de luz para animar el suelo,
flores lucientes del jardín del cielo.
Vosotras de la luna
familia relumbrante, ninfas claras,
cuyos pasos arrastran la fortuna,
con cuyos movimientos muda caras,
árbitros de la paz y de la guerra,
que, en ausencia del sol, regís la tierra;
vosotras, de la suerte
dispensadores luces tutelares,
que dais la vida, que acercáis la muerte,
mudando de semblante, de lugares;
llamas, que habláis con doctos movimientos,
cuyos trémulos rayos son acentos;
vosotras, que enojadas
a la sed de los surcos y sembrados,
la bebida negáis, o ya abrasadas
dais en ceniza el pasto a los ganados,
y si miráis benignas y clementes,
el cielo es labrador para las gentes;

vosotras, cuyas leyes

guarda observante el tiempo en toda parte,

amenazas de príncipes y reyes,

si os aborta Saturno, Jove o Marte;

ya fijas vais, o ya llevéis delante

por lúbricos caminos greña errante;

si amasteis en la vida,

y ya en el firmamento estáis clavadas,

pues la pena de amor nunca se olvida,

y aún suspiráis en signo transformadas,

con Amarilis, ninfa la más bella,

estrellas ordenad, que tenga estrella.

Si entre vosotras una

miró sobre su parto y nacimiento,

y de ella se encargó desde la cuna,

dispensando su acción, su movimiento;

pedidla, estrellas, a cualquier que sea,

que la incline siquiera a que me vea.

Yo, en tanto desatado

en humo, rico aliento de Pancaya,

haré que peregrino y abrasado,

en busca vuestra por los aires vaya:

recataré del sol la lira mía,
y empezará a cantar muriendo el día.
Las tenebrosas aves,
que el silencio embarazan con gemido,
volando torpes y cantando graves,
más agüeros que tonos al oído,
para adular mis ansias y mis penas,
ya mis musas serán, ya mis sirenas.

El sueño

¿Con qué culpa tan grave,
sueño blando y süave,
pude en largo destierro merecerte,
que se aparte de mí tu olvido manso?
Pues no te busco yo por ser descanso
sino por muda imagen de la muerte.
Cuidados veladores
hacen inobedientes mis dos ojos
a la ley de las horas:
no han podido vencer a mis dolores
las noches, ni dar paz a mis enojos.

Madrugan más en mí que en las auroras
lágrimas a este llano,
que amanece a mi mal siempre temprano;
y tanto, que persuade la tristeza
a mis dos ojos, que nacieron antes
para llorar, que para verse sueño.
De sosiego los tienes ignorantes,
de tal manera, que al morir el día
con luz enferma vi que permitía
el sol que le mirasen en Poniente.
Con pies torpes al punto, ciega y fría,
cayó de las estrellas blandamente
la noche, tras las pardas sombras mudas,
que el sueño persuadieron a la gente.
Escondieron las galas a los prados,
estas laderas y sus peñas solas;
duermen ya entre sus montes recostados
los mares y las olas.
Si con algún acento
ofenden las orejas,
es que entre sueños dan al cielo quejas
del yerto lecho y duro acogimiento,

que blandos hallan en los cerros duros.

Los arroyuelos puros

se adormecen al son del llanto mío,

y a su modo también se duerme el río.

Con sosiego agradable

se dejan poseer de ti las flores;

mudos están los males,

no hay cuidado que hable,

faltan lenguas y voz a los dolores,

y en todos los mortales

yace la vida envuelta en alto olvido.

Tan sólo mi gemido

pierde el respeto a tu silencio santo:

yo tu quietud molesto con mi llanto,

y te desacredito

el nombre de callado, con mi grito.

Dame, cortés mancebo, algún reposo:

no seas digno del nombre de avariento,

en el más desdichado y firme amante,

que lo merece ser por dueño hermoso.

Débate alguna pausa mi tormento;

gózante en las cabañas,

y debajo del cielo

los ásperos villanos:

hállate en el rigor de los pantanos,

y encuéntrate en las nieves y en el hielo

el soldado valiente,

y yo no puedo hallarte, aunque lo intenté,

entre mi pensamiento y mi deseo.

Ya, pues, con dolor creo

que eres más riguroso que la tierra,

más duro que la roca,

pues te alcanza el soldado envuelto en guerra;

y en ella mi alma

por jamás te toca.

Mira que es gran rigor: dame siquiera

lo que de ti desprecia tanto avaro,

por el oro en que alegre considera,

hasta que da la vuelta el tiempo claro.

Lo que había de dormir en blando lecho,

y da el enamorado a su señora,

y a ti se te debía de derecho;

dame lo que desprecia de ti agora

por robar el ladrón; lo que desecha

el que envidiosos celos tuvo y llora.
Quede en parte mi queja satisfecha,
tócame con el cuento de tu vara,
oirán siquiera el ruido de tus plumas
mis desventuras sumas;
que yo no quiero verte cara a cara,
ni que hagas más caso
de mí, que hasta pasar por mí de paso;
o que a tu sombra negra por lo menos,
si fueres a otra parte peregrino,
se le haga camino
por estos ojos de sosiego ajenos.
Quítame, blando sueño, este desvelo,
o de él alguna parte,
y te prometo, mientras viere el cielo,
de desvelarme sólo en celebrarte.

Letrillas

Letrilla lírica

Flor que cantas, flor que vuelas,
y tienes por facistol
el laurel, ¿para qué al sol
con tan sonoras cautelas,
le madrugas y desvelas?
Digasmé,
dulce jilguero, ¿por qué?

Dime, cantor ramillete,
lira de pluma volante,
silbo alado y elegante,
que en el rizado copete
luces flor, suenas falsete,
¿por qué cantas con porfía
invidia, que llora el día,
con lágrimas de la aurora,
si en la risa de Lidora

su amanecer desconsuelas?

Flor que cantas, flor que vuelas,
y tienes por facistol
el laurel, ¿para qué al sol
con tan sonoras cautelas,
le madrugas y desvelas?
Digasmé,
dulce jilguero, ¿por qué?

¿En un átomo de pluma,
como tal concento cabe?
¿Cómo se esconde en una ave
cuanto el contrapunto suma?
¿Qué dolor hay, que presuma
tanto mal de su rigor,
que no suspenda el dolor
al Iris breve, que canta,
llena tan chica garganta
de orfeos y de vigüelas?



Flor que cantas, flor que vuelas,
y tienes por facistol
el laurel, ¿para qué al sol
con tan sonoras cautelas,
le madrugas y desvelas?
Digasmé,
dulce jilguero, ¿por qué?

Voz pintada, canto alado,
poco al ver, mucho al oído,
¿dónde tienes escondido
tanto instrumento templado?
Recata de mi cuidado
tus músicas y alegrías,
que las malas compañías
te volverán los cantares
en lágrimas, y pesares,
por más que a sirena anhelas.

Flor que cantas, flor que vuelas,
y tienes por facistol
el laurel, ¿para qué al sol



*con tan sonoras cautelas,
le madrugas y desvelas?
Digasmé,
dulce jilguero, ¿por qué?*

Letrilla satírica

Solamente un dar me agrada,
que es el dar en no dar nada.
Si la prosa que gasté
contigo, niña, llore,
y aun hasta agora la lloro,
¿qué haré la plata y el oro?
Ya no he de dar, si no fuere
al diablo, a quien me pidiere;
que tras la burla pasada,
*solamente un dar me agrada,
que es el dar en no dar nada.*

Yo sé que si desta tierra

llevara el rey a la guerra
a niña que yo nombrara,
que a toda Holanda tomara,
por saber tomar mejor
que el ejército mayor
de gente más dotrinada,
*solamente un dar me agrada,
que es el dar en no dar nada.*

Sólo apacibles respuestas,
y nuevas de algunas fiestas
le daré a la más altiva;
que de diez reales arriba,
ya en todo mi juicio pienso
que se pueden dar a censo,
mejor que a paje o criada.
*Solamente un dar me agrada,
que es el dar en no dar nada.*

Sola me dio una mujer,
y esa me dio en que entender;
yo entendí que convenía

no dar en la platería,
y aunque en ella a muchas vi,
sólo palabra las di,
de no dar plata labrada.
*Solamente un dar me agrada,
que es el dar en no dar nada.*

Letrilla satírica

Pues amarga la verdad,
quiero echarla de la boca;
y si al alma su hiel toca,
esconderla es necesidad.
Sébase, pues libertad
ha engendrado en mí pereza
la pobreza.

¿Quién hace al ciego galán
y prudente al sin consejo?
¿Quién al avariento viejo

le sirve de río Jordán?

¿Quién hace de piedras pan,
sin ser el Dios verdadero?

El dinero.

¿Quién con su fiereza espanta,
el cetro y corona al rey?

¿Quién careciendo de ley
merece nombre de santa?

¿Quién con la humildad levanta
a los cielos la cabeza?

La pobreza.

¿Quién los jueces con pasión,
sin ser unguento, hace humanos,
pues untándolos las manos
los ablanda el corazón?

¿Quién gasta su opilación
con oro, y no con acero?

El dinero.

¿Quién procura que se aleje
del suelo la gloria vana?
¿Quién siendo tan cristiana,
tiene la cara de hereje?
¿Quién hace que al hombre aqueje
el desprecio y la tristeza?

La pobreza.

¿Quién la montaña derriba
al valle, la hermosa al feo?
¿Quién podrá cuanto el deseo,
aunque imposible, conciba?
¿Y quién lo de abajo arriba
vuelve en el mundo ligero?

El dinero.

Letrilla lírica

Rosal, menos presunción,
donde están las clavellinas,



*pues serán mañana espinas
las que agora rosas son.*

¿De qué sirve presumir,
rosal, de buen parecer,
si aún no acabas de nacer
cuando empiezas a morir?
Hace llorar y reír
vivo y muerto tu arrebol,
en un día o en un sol;
desde el oriente al ocaso
va tu hermosura en un paso,
y en menos tu perfección.

Rosal, menos presunción,
*donde están las clavellinas,
pues serán mañana espinas
las que agora rosas son.*

No es muy grande la ventaja
que tu calidad mejora:

si es tu mantilla la aurora,
es la noche tu mortaja:
no hay florecilla tan baja
que no te alcance de días,
y de tus caballerías,
por descendiente del alba,
se está riyendo la malva,
caballera de un terrón.

Rosal, menos presunción,
donde están las clavellinas,
pues serán mañana espinas
las que agora rosas son.

Letrilla satírica

Vuela, pensamiento, y diles
a los ojos que más quiero,
que hay dinero.



Del dinero que pidió

a la que adorando estás,

las nuevas le llevarás,

pero los talegos no.

Di, que doy en no dar yo,

pues para hallar el placer,

el ahorrar y el tener

han mudado los carriles.

Vuela, pensamiento, y diles

a los ojos que más quiero,

que hay dinero.

A los ojos, que en mirallos

la libertad perderás,

que hay dineros les dirás,

pero no gana de dallos;

yo sólo pienso cerrallos,

que no son la ley de Dios,

que se han de encerrar en dos,

si no en talegos cerriles.

Vuela, pensamiento, y diles

a los ojos que más quiero,

que hay dinero.

Si con agrado te oyere
esa esponja de la villa,
que hay dinero has de decilla,
y que ¡ay! de quien le diere.

Si ajusticiar te quisiere,
está firme como Martos,
no te dejes hacer cuartos
de sus dedos alguaciles.

*Vuela, pensamiento, y diles
a los ojos que más quiero,
que hay dinero.*

Letrilla satírica

Que no tenga por molesto
en doña Luisa don Juan,
ver que a puro solimán,
traiga medio turco el gesto,

porque piensa que con esto

ha de agradar a la gente:

Malhaya quien lo consiente.

Que adore a Belisa un bruto,

y que ella olvide sus leyes

si no es cual la de los reyes

adoración con tributo:

que a todos les venda el fruto

cuya flor llevó el ausente:

Malhaya quien lo consiente.

Que el mercader dé en robar

con avaricia crecida;

que hurte con la medida

sin tenerla en el hurtar;

que pudiendo maullar,

prender al ladrón intenté:

Malhaya quien lo consiente.

Que su limpieza exagere

porque anda el mundo al revés,
quien de puro limpio que es,
comer el puerco no quiere,
y que aventajarse espere
al Conde de Benavente:
Malhaya quien lo consiente.

Que el letrado venga a ser
rico por su mujer bella,
más por su parecer de ella,
que por su bien parecer,
y que no pueda creer
que esto su casa alimente:
Malhaya quien lo consiente.

Que de rico tenga fama
el médico desdichado,
y piense que no le ha dado
más su mujer en la cama,
curando de amor la llama,
que no en la cama el doliente:

Malhaya quien lo consiente.

Y que la viuda enlutada
les jure a todos por cierto,
que de miedo de su muerto,
siempre duerme acompañada:
que de noche esté abrazada
por esto de algún valiente:
Malhaya quien lo consiente.

Que pida una y otra vez,
fingiendo virgen el alma,
la tierna doncella palma,
si es dátil su doncellez;
y que dejándola en Fez,
la haga siempre presente:
Malhaya quien lo consiente.

Que el escribano en las salas
quiera encubrirnos su tiña,
siendo ave de rapiña



con las plumas de sus alas;
que echen sus cañones balas
a la bolsa del potente:
Malhaya quien lo consiente.

Que el que escribe sus razones
algo de razón se aleje,
y que escribiendo se deje
la verdad entre renglones:
que por un par de doblones
canonice al delincuente:
Malhaya quien lo consiente.

Letrilla satírica

Las cuerdas de mi instrumento
ya son en mí soledades,
locas en decir verdades,
con voces de mi tormento:
su lazo a mi cuello siento,

que me aflige y me importuna
con los trastes de fortuna;
mas pues su puente, si canto,
la hago puente de llanto,
que vierte mi pasión loca,
punto en boca.

De las damas has de hallar,
si bien en ello reparas,
ser de solimán las caras,
las almas de rejalgar:
piénsanse ya remozar
y volver al color nuevo
haciendo Jordán un huevo
que les desmienta los años;
mas la fe de los antaños,
mal el aceite revoca.
Punto en boca.

Dase al diablo, por no dar,
el avaro al alto o bajo,
y hasta los días de trabajo

los hace días de guardar.

Cautivo por ahorrar,
pobre para sí en dinero,
rico para su heredero,
si antes no para el ladrón
que dio jaque a su bolsón,
y ya perdido le invoca.

Punto en boca.

Coche de grandeza brava
trae con suma bizarría,
el hombre, que aún no lo oía
sino cuando regoldaba.
Y el que sólo estornudaba,
ya a mil negros estornuda;
el tiempo todo lo muda.
Mujer casta es por mil modos
la que la hace con todos.
Mas pues a muchos les toca,

Letrilla burlesca

Galán y Dama

GALÁN

Si queréis alma, Leonor,
daros el alma confío.

DAMA

¡Jesús, qué gran desvarío!
Dinero será mejor.

GALÁN

Ya no es nada mi dolor.

DAMA

¿Pues, qué es eso, señor mío?

GALÁN

Diome calentura y frío,
y quitóseme el amor.

DAMA

De que el alma queréis darme,
será más razón que os dé.

GALÁN

¿No basta el alma y la fe,
en truco de acariciarme?

DAMA

¿Podré de ella sustentarme?

GALÁN

El alma, bien puede ser.

DAMA

¿Y querrá algún mercader
por tela su alma trocarme?

GALÁN

¿Y es poco daros, Leonor,
si toda la alma os confío?

DAMA

¡Jesús qué gran desvarío!
Dinero fuera mejor.

GALÁN

Dareos su pena también

DAMA

Mejor será una cadena
que vuestra alma, y más en pena.

GALÁN



Con pena pago el desdén.

DAMA

Para una necesidad,
no hay alma como el dinero.

GALÁN

Queredme vos como os quiero,
por sola mi voluntad.

DAMA

No haremos buena amistad.

GALÁN

¿Por qué vuestro humor la estraga?

DAMA

Porque cuando un hombre paga,
entonces trata verdad.

GALÁN

¿Qué más paga de un favor
que el alma y el albedrío?

DAMA

¡Jesús, qué gran desvarío!
Dinero será mejor.

Letrilla satírica

Poderoso caballero
es don Dinero.

Madre, yo al oro me humillo:
él es mi amante y mi amado,
pues de puro enamorado,
de contino anda amarillo;
que pues, doblón o sencillo,
hace todo cuanto quiero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Nace en las Indias honrado,
donde el mundo le acompaña,
viene a morir en España
y es en Génova enterrado;
y, pues quien le trae al lado
es hermoso, aunque sea fiero,
poderoso caballero

es don Dinero.

Es galán, y es como un oro;
tiene quebrado el color;
persona de gran valor,
tan cristiano como moro;
pues que da y quita el decoro
y quebranta cualquier fuero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Son sus padres principales,
y es de nobles descendiente,
porque en las venas de Oriente
todas las sangres son reales;
y, pues es quien hace iguales
al duque y al ganadero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Mas ¿a quién no maravilla

ver en su gloria sin tasa,
que es lo menos de su casa
doña Blanca de Castilla?
Pero, pues da al bajo silla
y al cobarde hace guerrero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Sus escudos de armas nobles
son siempre tan principales,
que sin sus escudos reales
no hay escudos de armas dobles;
y, pues a los mismos robles
da codicia su minero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Por importar en los tratos
y dar tan buenos consejos
en las casas de los viejos
gatos le guardan de gatos;
y, pues él rompe recatos

y ablanda al juez más severo,
poderoso caballero
es don Dinero.

Y es tanta su majestad,
aunque son sus duelos hartos,
que con haberle hecho cuartos,
no pierde su autoridad;
pero, pues da calidad
al noble y al pordiosero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Nunca vi damas ingratas
a su gusto y afición,
que a las caras de un doblón
hacen sus caras baratas;
y, pues hace las bravatas
desde una bolsa de cuero,
poderoso caballero

es don Dinero.

Más valen en cualquier tierra
-¡mirad si es harto sagaz!-
sus escudos en la paz,
que rodela en la guerra;
y, pues al pobre le entierra
y hace propio al forastero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Letrilla satírica

Yo he hecho lo que he podido;
Fortuna, lo que ha querido.

Los casos dificultosos,
tan justamente envidiados,
empréndenlos los honrados,
y acábanlos los dichosos;

y aunque no están envidiosos
en lo que me ha sucedido,

yo he hecho lo que he podido;

Fortuna, lo que ha querido.

Yo no condeno quejosos,
no quiero ensalzar sufridos,
de bienes no merecidos
no sé cómo hay envidiosos;
si no soy de los dichosos
por haberlo merecido,

yo he hecho lo que he podido;

Fortuna, lo que ha querido.

Lísida, siempre acontece,
y es firme ley sin mudanza,
que el bien es del que le alcanza
y no del que le merece;
y en vano me desvanece
ver, que en cuanto se ha ofrecido,

yo he hecho lo que he podido;



Fortuna, lo que ha querido.

Más honra al que es desdichado
que no se sepa razón,
que puede dar presunción
gran lugar mal empleado;
no me culpa mi cuidado,
porque en cuanto yo he vivido,
yo he hecho lo que he podido;

Fortuna, lo que ha querido.

Méritos son desperdicios
que ofenden todas orejas:
para realzar las quejas
son buenos ya los servicios;
y aunque el sembrar beneficios
produzca agravios y olvido,
yo he hecho lo que he podido;

Fortuna, lo que ha querido.

De mi desdicha me fío,



de fortuna nada espero,
si no es algún mal postrero,
que será el primer bien mío:
no corra más tras desvío,
y por no quedar corrido,
yo he hecho lo que he podido;
Fortuna, lo que ha querido.

Canciones

Llama a Aminta al campo en amoroso desafío

Pues quita al año primavera el ceño,
y el verano risueño
restituye a la tierra sus colores,
y en donde vimos nieve vemos flores;
y las plantas vestidas
gozan las verdes vidas,
dando a la voz del pájaro pintado
las ramas sombras, y el silencio el prado:
ven, Aminta, que quiero,
que viéndote primero,
agradezca sus flores este llano,
más a tu blanco pie que no al verano.

Ven, veraste al espejo de esta fuente,
pues suelta la corriente
del cautiverio líquido del frío,
perdiendo el nombre, aumenta el suyo al río.
Las aguas que han pasado,

oirás por este prado

llorar, no haberte visto, con tristeza:
mas en las que mirares tu belleza
verás alegre risa,
y cómo las dan prisa,
murmurando su suerte a las primeras,
por poderte gozar las venideras.

Si te ofende el sol ardiente y puro,
ven, que yo te aseguro,
que si te ofende, le has de vencer luego,
pues se vale él de luz, y tú de fuego.
Mas si gustas de sombra,
en esta verde alfombra
una vid tiene un olmo muy espeso,
no sé si diga que abrazado o preso;
y a sombra de sus ramas
le darán nuestras llamas,
ya los digan abrazos o prisiones,
envidia al olmo, y a la vid pasiones.

Ven, que te aguardan ya los ruiseñores,

y los tonos mejores,
porque los oigas tú, dulce tirana,
los dejan de cantar a la mañana;
y los tonos mejores,
porque los oigas tú, dulce tirana,
los dejan de cantar a la mañana;
tendremos invidiosas
las tórtolas mimosas,
pues viéndonos de gloria y gusto ricos,
imitarán los labios con los picos;
aprenderemos dellas
soledad y querellas,
y en pago aprenderán de nuestros lazos,
su voz requiebros, y su pluma abrazos.

¡Ay! si llegases ya, qué tiernamente
al ruido de esta fuente
gastáramos las horas y los vientos,
en suspiros y músicos acentos.
Tu aliento bebería
en ardiente porfía,
que igualase las flores de este suelo,

y las estrellas con que alumbra el cielo,
sellaría en tus ojos,
soberbios con despojos,
y en tus mejillas, sin igual, tan bellas,
sin prado flores, y sin cielo estrellas.

Halláramos aquí la blanca aurora
riendo, cuando llora;
la noche alegre, cuando el cielo y tierra,
tantos ojos nos abre como cierra:
fuéramos cada instante
nueva amada y amante,
y así tendría en firmeza tan crecida
la muerte estorbo, y suspensión la vida;
y vieran nuestras bocas,
en ramos de estas rocas,
ya las aves consortes, ya las viudas,
más elocuentes ser, cuanto más mudas.

Encarece la suma flaqueza de una dama

No os espantéis, señora Notomía,
que me atreva este día,
con exprimida voz convaleciente,
a cantar vuestras partes a la gente:
que de hombre es, y de hombres importantes,
el caer en flaquezas semejantes.

La pulga escribió Ovidio, honor romano,
y la mosca Luciano,
Homero de las ranas: yo confieso,
que ellos cantaron cosa de más peso;
yo escribiré, y con pluma más delgada,
materia más sutil y delicada.

Quién tan sin carne os viere, si no es ciego,
yo sé, que dirá luego,
mirándoos toda puntas de rastillo,
que os engendró algún miércoles corvillo.
Y quien os llama pez no desatina,

pues sois, siendo tan negra, tan espina.

Defiéndaos Dios de sastre o zapatero,
que aunque no sois de acero,
o por punzón o lesna, es caso llano,
que ambos en competencia os echen mano.
Mas vos, para sacarles de la puja,
juraste de vainicas por aguja.

Bien sé que apasionáis los corazones,
pero es con las pasiones
de cuaresma, y traspasos de la cara,
hiriendo amor con vos, como con jara,
y agudo vuestro cuerpo tiene voto,
de ser aún más sutil que lo fue Seoto.

Miente vuestro galán, de quien sois dama,
si, al confesarse, os llama
su pecado de carne, si aun al veros
no pudo en carnes, aun estando en cueros.
Pero hanme dicho, que andan por la calle

picados más de dos de vuestro talle.

Mas sepan que a mujer tan amolada,
consumida, estrujada,
débil, magra, sutil, buida, ligera,
que ha menester, por no picar, contera,
cualquiera, que con fin malo la toque,
se condena a la plaga de San Roque.

Aun la sarna no os come con su gula,
y sola tenéis bula
para no sustentar alma viviente,
ni aun a vos, con ser toda un puro diente.
Y así, del acostarse en guijas duras,
dicen, vuestra alma tiene mataduras.

Hijos somos de Adán en este suelo,
la nada es nuestro abuelo;
y salístele vos tan parecida,
que apenas algo sois en esta vida.
Voz en güeco sois que llaman eco;

mas cosa de aire son la voz, y el güeco.

Bien, pues sin cuerpo casi, sois un alma,
vuestra alma anda en la palma;
pero los enemigos no sois della,
que el mundo es grande, y es la carne bella;
mas, si el argumentillo mal no entablo,
por espíritu sólo sois el diablo.

Hanme dicho también por cosa cierta,
que para vos no hay puerta,
ni postigo cerrado, ni ventana;
porque, como la luz de la mañana,
siendo de noche más vuestros indicios,
os entráis sin sentir por los resquicios.

Pero aunque, flaca mía, tan angosta
estéis, y tan langosta,
tan mondada, y enjuta, y tan delgada,
tan roída, exprimida, anonadada,
que estrechamente os he de amar confío,

siendo amor de raíz el amor mío.

Mas después de esta vida, y de tu guerra,
que fuereis a la tierra,
si algo queda de vos, ¿será tamaño
que no saque su vientre de mal año?
Pues ¿qué ha de hacer con huésped tan enjuto,
que le preparen tumba en un cañuto?

Un consejo os daré, de amor indicio,
que para el día del juicio
troquéis con otro muerto en las cavernas,
desde la paletilla hasta las piernas;
pues si devanadera os ven mondada,
no ha de haber condenada sin risada.

Pero aunque mofen los desnudos gonces,
os salvaréis entonces;
que no es posible, el premio se os impida,
siendo acá tan estrecha vuestra vida,
y que al justo os vendrá de bulto exenta,



camino angosto y apretada cuenta.

Verdadera canción, cortad la hebra,
que aquel refrán no os vale,
la verdad adelgaza, mas no quiebra:
pues hay otro refrán, y es más probado,
que todo quiebra por lo más delgado.

Décimas, redondillas y madrigal

En lo penoso de estar enamorado

¡Qué verdadero dolor,
y qué apurado sufrir!
¡Qué mentiroso vivir!
¡Qué puro morir de amor!
¡Qué cuidados a millares!
¡Qué encuentros de pareceres!
¡Qué limitados placeres,
y qué colmados pesares!
¡Qué amor y qué desamor!
¡Qué ofensas!, ¡qué resistir!
¡Qué mentiroso vivir!
¡Qué puro morir de amor!
¡Qué admitidos devaneos!
¡Qué amados desabrimientos!
¡Qué atrevidos pensamientos,
y qué cobardes deseos!
¡Qué adorado disfavor!
¡Qué enmudecido sufrir!



¡Qué mentiroso vivir!

¡Qué puro morir de amor!

¡Qué negociados engaños

y qué forzosos tormentos!

¡Qué aborrecidos alientos

y qué apetecidos daños!

¡Y qué esfuerzo y qué temor!

¡Qué no ver! ¡Qué prevenir!

¡Qué mentiroso vivir!

¡Qué puro morir de amor!

¡Qué enredos, ansias, asaltos!

¡Y qué conformes contrarios!

¡Qué cuerdos! ¡Qué temerarios!

¡Qué vida de sobresaltos!

Y que no hay muerte mayor,

que el tenella y no morir:

¡qué mentiroso vivir!,

¡qué puro morir de amor!

Madrigal

Está la ave en el aire con sosiego,

en la agua el pez, la salamandra en fuego,
y el hombre, en cuyo ser todo se encierra,
está en sola la tierra.

Yo sólo, que nací para tormentos,
estoy en todos estos elementos:
la boca tengo en aire suspirando,
el cuerpo en tierra está peregrinando,
los ojos tengo en llanto noche y día,
y en fuego el corazón y la alma mía.

Pasiones de ausente enamorado

Este amor, que yo alimento
de mi propio corazón,
no nace de inclinación,
sino de conocimiento.

Que amor de cosa tan bella,
y gracia, que es infinita,
si es elección, me acredita,
si no acredita mi estrella.

¿Y qué deidad me pudiera
inclinara a que te amara,

que ese poder no tomara
para sí, si le tuviera?

Corrido, señora, escribo
en el estado presente,
de que estando de ti ausente,
aún parezca que estoy vivo.

Pues ya en mi pena y pasión,
dulce Tirsi, tengo hechas
de las plumas de tus flechas
las alas del corazón.

Y sin poder consolarme,
ausente, y amando firme,
más hago yo en no morirme,
que hará el dolor en matarme.

Tanto he llegado a quererte,
que siento igual pena en mí,
del ver, no viéndote a ti,
que adorándote no verte.

Si bien recelo, señora,
que a este amor serás infiel,
pues ser hermosa y cruel
te pronostica traidora.



Pero traiciones dichasas

serán, Tirsi, para mí,
por ver dos caras en ti,
que han de ser por fuerza hermosas.

Y advierte que en mi pasión,
se puede tener por cierto,
que es decir ausente y muerto,
dos veces una razón.

Décimas burlándose de todo estilo afectado

Con tres estilos alanos

quiero asirte de la oreja,
porque te tenga mi queja
ya que no pueden mis manos.

La habla de los cristianos
es lenguaje de ramplón;
por eso va la razón
de un circunloquio discreto
en retruécano y conceto,



como en calzas y en jubón.

Estilo primero

Amar y no merecer,
temer y desconfiar,
dichas son para obligar,
penas son para ofender.
Acobardar el querer,
cuando más valor aplique,
es hacer que multiplique
el miedo su calidad,
para más seguridad.
(¡Tómate este tique-mique!)

Lágrimas desconsoladas
son descanso sin sosiego,
y diligencias del fuego,
más vivas cuando anegadas.
Las memorias olvidadas



en la voluntad sencilla
son golfo que miente orilla,
son tormenta lisonjera,
en donde expira el que espera.
(¡Qué linda recancanilla!)

El tener desconfianza
es tener y presumir,
y apetecer el morir
mucho de grosero alcanza.
Quien osa tener mudanza,
se culpa en el bien que asiste;
y quien se precia de triste,
goza con satisfacción
la pena por galardón.
(¡Pues pápate aqueste chiste!)

Vuelve a proseguir

Pero, siendo tú en la villa

dama de demanda y trote,
bien puede ser que del mote
no hayas visto la cartilla.
Va del estilo, que brilla
en la culterana prosa,
grecizante y latinosa:
mucho será si me entiendes.
Yo vacío piras, y asciendes:
culto va, señora hermosa.

Estilo segundo

Si bien el palor ligustre
desfallece los candores,
cuando muchos esplendores,
conduce a poco palustre.
Construye el aroma ilustre
víctima de tanto culto,
presintiendo de tu bulto
que rayos fulmina horrendo.
(Ni me entiendes, ni te entiendo:



pues cáatate que soy culto.)

Prosigue

No me va bien con lenguaje
tan de grados y corona:
hablemos prosa fregona
que en las orejas se encaje.
Yo no escribo con plumaje,
sino con pluma; pues ya
tanto bien barbado da
en escribir al revés,
óyeme tu dos por tres
lo que digo de pe a pa.

Estilo tercero

Digo, pues, que yo te quiero,
y que quiero que me quieras,



sin dineros, ni dinerás,

ni resabios de tendero.

De muy mala gana espero:

date prisa, que si no,

luego me cansaré yo

y perderás este lance.

(¡Bien haya tan buen romance,

y el padre que le engendró!)

Jácaras y bailes

Jácara donde refiere Mari Pizorra honores suyos y alabanzas

Con mil honras, vive cribas,
me llaman Mari Pizorra,
y en Jerez me azotaron,
me azotaron con mil honras.

Por lo menos no me vieron
en las espaldas corcova,
ni dije esta boca es mía,
al levantar de la roncha.

Tres amas a quien serví
de lo que llaman fregona,
dijeron que les vaciaba
en su servicio las joyas.

Si fue verdad, Dios lo sabe,
no quiero apurar historias;
basta que el chillón no dixo,
hechicera, ni coroza.

Puedo llevar descubierta
la cara por toda Europa

porque he vendido mi manto,
y porque no tengo toca.

A quien me llama liviana,
la desmienten cinco arrobas
que peso, tómeme a cuestras
el que me cuenta por onzas.

Nadie tiene que decir
de mi vida y de mis obras;
no soy la primer mujer
que contra su gusto azotan.

Si dicen que tengo amigos,
eso me sirve de loa,
que nunca es bueno que tengan
enemigos las personas.

Verdad es que me entregué
a Mojarrilla el de Soria,
de quien dieron mala cuenta
algunos chismes de bolsas.

Fue del mar, vino del mar,
si remaba poco importa,
los hombres van a galeras,
que no tienen de ir las monjas.

Lo del negro fue mentira

que me levantó la Monda,
para mi punto era bueno
gastar pecados de sombra.

Si ahorcaron a Pablillos,
la culpa tuvo la sogá,
por lo menos murió bien,
y con ciegos a mi costa.

La cabeza del verdugo
le servía de garzota,
y el Deo gracias de esparto
fue pepita de la horca.

Lo del corchete es verdad,
no haya miedo que me corra,
mas era muy bien nacido,
y soplón de ejecutoria.

En mi vida echó las habas,
antes me echaba a mi propia,
llamáronme araña, y fue
porque andaba tras la mosca.

Caseme con un mulato,
que fue la fama de Ronda,

tener marido de estraza,
no sé yo para qué estorba.

Comiendo la olla un martes
se quedó muerto en las sopas;
y me llaman desollada,
y como siempre dos ollas.

Si mi vida es la que he dicho,
¿qué tienen que hablar las trongas?
Tengan vergüenza y aprendan,
que hay mucho de unas a otras.

Baile de los nadadores

Al agua nadadores,
nadadores al agua,
alto a guardar la ropa,
que en eso está la gala.

En el mar de la corte,
en los golfos de chanzas,
donde tocas y cintas
disimulan escamas,
es menester gran cuenta,

porque a veces se afaskan
en enaguas y ovas
nadadores de fama.

Tiburón afeitado
anda por esas plazas,
armado sobre espinas,
armado sobre garras.

Acuéstanse lampreas,
sirenas se levantan;
son mero en el estrado,
son mielgas en la cama.

Ya congrio con guedejas,
delfín con arracadas,
que pronostican siempre
al dinero borrascas.

Veréis unas atunes
cargadas de oro y plata,
con mantos de soplillo
vendiendo las hijadas.

Tapadas de medio ojo,
cada punto se hallan
abadejos mujeres,

arremendando caras.

El rico es el bonito,
el pobre es la pescada,
las truchas son las hijas,
las madres son las carpas.

Merluzas son las lindas,
y por salmón se pagan;
comedla como pulpos,
azotes con su salsa.

Ballenas gordiviejas,
corto cuello y gran panza,
muchachuelos sardinas
de ciento en ciento tragan.

Guárdese todo el mundo,
porque quien no se guarda,
se le comen pescados
con verdugado y sayas.

Los amores, madre,
son como güevos,
los pasados por agua
son los más tiernos.

Leandro en tortilla,

estrellada Hero;

los pobres perdidos,

los ricos revueltos.

Los celosos fritos,

asados los necios,

los pagados dulces,

los sin blanca güeros.

El amor es nadador,

desnudo y desnudador.

El amar es, pues, nadar,

desnudar y desnudar.

Al agua no la temen

ni mis brazos ni espaldas;

mi gáznate está solo

reñido con el agua.

Yo soy pez de la bota,

yo soy tenca de Illana,

y soy el peje Osorio

y el barbo de la barba.

De Sahagún soy cuba,



de San Martín soy taza,
soy alano de Toro,
y soy de Coca marta.

Soy mosquito profeso,
soy aprendiz de rana;
de taberna y de loco
tengo ramo, que basta.

Zabúllete, chiquilla,
que por chica y delgada,
pasarás por anchoba
para las ensaladas.

¡Oh! cómo se chapuzan,
qué sueltos se abalanzan,
y con el rostro y brazos
las corrientes apartan.

Ya nadan de bracetete,
ya sólo un brazo sacan;
ya, como segadores,
cortan la espuma blanca.

De espaldas dan la vuelta,
hechos remos las palmas;
a vuelta de la trucha

es la mejor mudanza.

Llegan al remolino,
juntos los arrebatan,
las ollas se los sorben,
las ondas los levantan.

Cuatro bajeles vivos
parecen en escuadra,
que al amor, que los lleva,
le vienen dando caza.

Ahogose el cuitado,
salada muerte traga;
a coces y a rapiñas
a la orilla le sacan.

Si a nadar,
otra vez entrare en el mar,
aunque todos me embelequen,
las tabernas se me sequen
y se me llueva el tragar.

La que nada con poeta,
con mancebito veleta,
bailarán de castañeta,
godo y peto, y todo trazas,

nadará con calabazas.

La que nada con mirrados,
carininfos y azufrados,
necios, pobres y hinchados,
no nada entre cuello y ligas,
esa nada con vejigas.

La que nada con pelones,
y trueca dones en dones,
el paseo por doblones,
la cadena por la sogá,
esa nadando se ahoga.

Los amores, madre,
son como güevos,
los pasados por agua
son los más tiernos.

Leandro en tortilla,
estrellada Hero;
los pobres perdidos,
los ricos revueltos.

Los celosos fritos,
asados los necios,



los pagados dulces,

los sin paga güeros.

Epístolas y poemas

A Cristo resucitado

(Poema heroico)

(Fragmentos)

Era la noche, y el común sosiego,
los cuerpos desataba del cuidado,
y resbalando en luz dormida el fuego,
mostraba el cielo atento y desvelado:
y en alto silencio mudo y ciego
descansaba en los campos el ganado,
sobre las guardas con nocturno ceño,
las horas negras derramaron sueño.

Temblaron los umbrales y las puertas,
donde la majestad negra y oscura
las frías desangradas sombras muertas
oprime en ley desesperada y dura:
las tres gargantas al ladrido abiertas,
viendo la nueva luz divina y pura,

enmudeció Cerbero, y de repente
hondos suspiros dio la negra gente.

Gimió debajo de los pies el suelo,
desiertos montes de ceniza canos,
que no merecen ver ojos del cielo:
y en nuestra amarillez ciegan los llanos.
Acrecentaban miedo y desconsuelo
los roncros perros, que en los reinos vanos
molestan el silencio y los oídos,
confundiendo lamentos y ladridos.

En el primer umbral con ceño airada,
la guerra estaba en armas escondida:
la flaca enfermedad desamparada,
con la pobreza vil desconocida;
la hambre perezosa desmayada,
la vejez corva, cana e impedida,
el temor amarillo, y los esquivos
cuidados veladores, vengativos.

Asiste con el rostro ensangrentado
la discordia furiosa, y el olvido
ingrato, y necio: el sueño descuidado,
yace a la muerte helada parecido;
el llanto con el luto desgreñado,
el engaño traidor apetecido,
la envidia carcomida de su intento,
que del bien por su mal hace alimento.

Mal persuadida y torpe consejera,
la inobediencia trágica y culpada,
conduce a la señal de su bandera
gente, en su presunción desesperada:
la soberbia rebelde y comunera,
de sí propia se teme despeñada,
pues cuanto crece más su orgullo fiero,
se previene mayor despeñadero.

Del pálido esqueleto, que bañado
de amarillez, como el horror teñido,
el rostro de sentidos despoblado,
en cóncavas tinieblas dividido;

la guadaña sin filos del pecado.

Lo inexorable del blasón vencido,
fiera y horrenda en la primera puerta,
la formidable muerte estaba muerta.

Las almas en el limbo sepultadas,
que por confusos senos discurrían,
después que de los cuerpos desatadas,
en las prestadas sombras se escondían:
las dulces esperanzas prolongadas,
esforzaban de nuevo y repetían;
cuando el ángel que habita fuego y penas,
ardiendo en los volcanes de sus venas,

vio de su sangre en púrpura vestido
(de honrosos vituperios coronado)
venir al Redentor esclarecido,
que fue en la Cruz, para vencer, clavado:
vio venir, y ciego y afligido,
al arma, dijo, al arma, y demudado
de sí (viéndose) vio ¡gran desventura!.

quien, cuando quiso Dios, tuvo hermosura.

«Yo fui muerto por vos, que coronado

por todos fuisteis muerto, cuando el día
vio cadáver la luz del sol dorado.

Vos fuisteis precursor de mi alegría,
le dijo Cristo a Juan, vos degollado
del que buscaba la garganta mía:
tanto más que profeta sois al verme,
cuanto excede el mostrarme al prometerme.

»Seguidme, y poblaréis dichas sillas,
que la soberbia me dejó desiertas;
dejad estas prisiones amarillas,
eterna habitación de sombras muertas:
sed parte de mis altas maravillas,
y del cielo estrenad gloriosas puertas».
Dijo, y siguió su voz el coro atento,
con aplauso de gozo y de contento.

Luego que el ciego y mudo caos dejaron,
y alto camino de la luz siguieron,
desesperados llantos resonaron,
de las escuadras negras que lo vieron:
las puertas de su reino aún no miraron,
que medrosos de Dios no se atrevieron;
pues viéndole partir, aun mal seguros,
huyeron de los límites oscuros.

Subiéronse a los duros y altos cerros,
y viendo caminar la escuadra santa,
la envidia les dobló cárcel y hierros,
no pudiendo sufrir grandeza tanta:
reforzoles la pena y los destierros,
ver su frente pisar con mortal planta;
los ojos le cubrió muerte enemiga,
y el aire se vistió de noche antigua.

Llegó Cristo glorioso en sus banderas,
en tanto que padece el Rey violento,
del siempre verde sitio a las riberas,
que abrió con su pasión y su tormento:

riéronse a sus pies las primaveras,
y en hervores de luz encendió el viento;
abriéronse las puertas cristalinas,
y corrió el paraíso las cortinas.

Hay un lugar en brazos de la aurora,
que el Oriente se ciñe por guirnalda;
sus jardineros con Céfiro y Flora,
el sol enzarza en oro su esmeralda:
el cielo de sus plantas enamora,
jardín Narciso de la varia falda;
y el comercio de rosas con estrellas,
enciende en joyas la belleza de ellas.

Por gozar del jardín docta armonía,
que el pájaro delata en la garganta,
a las tinieblas tiraniza el día
el tiempo, y con sus horas se levanta:
su luz y no su llama el sol envía,
y con la sombra de una y otra planta,
seguro de prisión del hielo frío,

líquidas primaveras tiembla el río.

El firmamento duplicado en flores,
se ve en constelaciones olorosas:
ni mustias envejecen con calores,
ni caducan con nieves rigurosas:
Naturaleza admira en las labores,
con respeto anda el aire entre las rosas,
que sólo toca en ellas manso el viento,
lo que basta a roballas el aliento.

Pródiga ya la luz de su tesoro,
más claros recibió, que daba,
acrisolaron los semblantes de oro
las espléndidas luces que miraba
el Redentor siguió el sagrado coro
al pie de Cristo, y en su cruz se clava;
saludó Adán la antigua patria, y todos
después la saludaron de mil modos.

Apareció la Humanidad sagrada,

amaneciendo llagas en rubíes,
en joya centellante la lanzada,
los golpes en piropos carmesíes:
la corona de espigas esmaltada,
sobre el coral mostró cielos turquíes,
explayábase Dios por todo cuanto
se vio del cuerpo glorioso, y santo.

En torno las séráficas legiones
nube ardiente tejieron con sus alas;
y para recibirle las regiones
líquidas estudiaron nuevas galas;
el hosanna glosado en las canciones,
se oyó suave en las eternas salas;
y el cárdeno palacio del Oriente,
con esfuerzo de luz se mostró ardiente.

La cruz en la mano descubierta,
con los clavos más rica que rompida;
la gloria la saluda por su puerta,
a las dichosas almas prevenida;

viendo a la muerte desmayada y muerta,
con nuevo aliento respiró la vida,
pobláronse los cóncavos del cielo,
y guareció de su contagio el suelo.

Epístola satírica y censoria

contra las costumbres presentes de
los castellanos, escrita a don Gaspar
de Guzmán, conde de Olivares en su
valimiento

No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando la boca o ya la frente,
silencio avises o amenazas miedo.

¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Hoy, sin miedo que libre escandalice,



puede hablar el ingenio, asegurado
de que mayor poder le atemorice.

En otros siglos pudo ser pecado
severo estudio, y la verdad desnuda,
y romper el silencio el bien hablado.

Pues sepa, quien lo niega y quien lo duda,
que es lengua, la verdad, de Dios severo,
y la lengua de Dios nunca fue muda.

Son, la verdad y Dios, Dios verdadero:
ni eternidad divina los separa,
ni de los dos alguno fue primero.

Si Dios a la verdad se adelantara,
siendo verdad, implicación hubiera
en ser, y en que verdad de ser dejara.

La justicia de Dios es verdadera,
y la misericordia, y todo cuanto



es Dios, todo ha de ser verdad entera.

Señor excelentísimo: mi llanto
ya no consiente márgenes ni orillas:
inundación será la de mi canto.

Ya sumergirse miro mis mejillas,
la vista por dos urnas derramada
sobre las aras de las dos Castillas.

Yace aquella virtud desaliñada
que fue, si rica menos, más temida,
en vanidad y en sueño sepultada.

Y aquella libertad esclarecida
que, en donde supo hallar honrada muerte,
nunca quise tener más larga vida.

Y, pródiga del alma, nación fuerte,
contaba por afrenta de los años



envejecer en brazos de la suerte.

Del tiempo el ocio torpe, y los engaños
del paso de las horas y del día,
reputaban los nuestros por extraños.

Nadie contaba cuánta edad vivía,
sino de qué manera; ni aun un hora
lograba sin afán su valentía.

La robusta virtud era señora,
y sola dominaba al pueblo rudo:
edad, si mal hablada, vencedora.

El temor de la mano daba escudo
al corazón que, en ella confiado,
todas las armas despreció desnudo.

Multiplicó en escuadras un soldado
su honor precioso, su ánimo valiente,



de sola honesta obligación armado.

Y, debajo del cielo, aquella gente,
si no a más descanso, a más honroso
sueño entregó los ojos, no la mente.

Hilaba la mujer para su esposo
la mortaja primero que el vestido;
menos le vio galán que peligroso.

Acompañaba el lado del marido
más veces en la hueste que en la cama.
Sano le aventuró, vengole herido.

Todas matronas, y ninguna dama;
que nombres del halago cortesano
no admitió lo severo de su fama.

Derramado y sonoro el Océano,
era divorcio de las rubias minas

que usurparon la paz del pecho humano.

Ni los trujo costumbres peregrinas
el áspero dinero, ni el Oriente
compró la honestidad con piedras finas.

Joya fue la virtud pura y ardiente;
gala el merecimiento y alabanza;
sólo se codiciaba lo decente.

No de la pluma dependió la lanza,
ni el cántabro con cajas y tinteros
hizo el campo heredad, sino matanza.

Y España, con legítimos dineros,
no mendigando el crédito a Liguria,
más quiso los turbantes que los ceros.

Menos fuera la pérdida y la injuria
si se volvieran Muzas los asientos:

que esta usura es peor que aquella furia.

Caducaban las aves en los vientos
y espiraba decrepito el venado:
grande vejez duró en los elementos.

Que el vientre, entonces bien disciplinado,
buscó satisfacción y no hartura,
y estaba la garganta sin pecado.

Del mayor infanzón de aquella pura
república de grandes hombres era
una vaca sustento y armadura.

No había venido, al gusto linsojera,
la pimienta arrugada, ni del clavo
la adulación fragante forastera.

Carnero y vaca fue principio y cabo,
y con rojos pimientos y ajos duros,

también como el señor comió el esclavo.

Bebió la sed los arroyuelos puros;
después mostraron del carquesio a Baco
el camino los brindis mal seguros.

El rostro macilento, el cuerpo flaco,
eran recuerdo del trabajo honroso,
y honra y provecho andaban en un saco.

Pudo sin miedo un español velloso
llamar a los tudescos «bacanales»,
y al holandés «hereje y alevoso».

Pudo acusar los celos desiguales
a la Italia; pero hoy de muchos modos
somos copias, si son originales.

Las descendencias gastan muchos godos,
todos blasonan, nadie los imita,

y no son sucesores, sino apodos.

Vino el betún precioso que vomita
la ballena, o la espuma de las olas,
que el vicio, no el olor, nos acredita.

Y quedaron las huestes españolas
bien perfumadas, pero mal regidas,
y alhajas las que fueron pieles solas.

Estaban las hazañas mal vestidas,
y aún no se hartaba de buriel y lana
la vanidad de fembras presumidas.

A la seda pomposa siciliana
que manchó ardiente múrice, el romano
y el oro hicieron áspera y tirana.

Nunca al duro español supo el gusano
persuadir que vistiese su mortaja,

intercediendo el Can por el verano.

Hoy desprecia el honor al que trabaja,
y entonces fue el trabajo ejecutoria,
y el vicio graduó la gente baja.

Pretende el alentado joven gloria
por dejar la vacada sin marido,
y de Ceres ofende la memoria.

Un animal a la labor nacido
y símbolo celoso a los mortales,
que a Jove fue disfraz y fue vestido;

que un tiempo endureció manos reales,
y detrás de él los cónsules gimieron,
y rumia luz en campos celestiales,

¿por cuál enemistad se persuadieron
a que su apocamiento fuese hazaña,

y a las mieses tan grande ofensa hicieron?

¡Qué cosa es ver un infanzón de España
abreviado en la silla a la jineta,
y gastar un caballo en una caña!

Que la niñez al gallo le acometa
con semejante munición apruebo;
mas no la edad madura y la perfeta.

Ejercite sus fuerzas el mancebo
en frentes de escuadrones; no en la frente
del útil bruto la asta del acebo.

El trompeta le llame diligente,
dando fuerza de ley al viento vano,
y al son esté el ejército obediente.

¡Con cuánta majestad llena la mano
la pica, y el mosquete carga el hombro,

del que se atreve a ser buen castellano!

Con asco entre las otras gentes nombro
al que de su persona, sin decoro,
más quiere nota dar que dar asombro.

Jineta y caña son contagio moro;
restitúyanse justas y torneos,
y hagan paces las capas con el toro.

Pasadnos vos de juegos a trofeos;
que sólo grande rey y buen privado
pueden ejecutar estos deseos.

Vos, que hacéis repetir siglo pasado
con desembarazarnos las personas
y sacar a los miembros de cuidado;

vos distes libertad con las valonas
para que sean cortesés las cabezas,

desnudando el enfado a las coronas.

Y, pues vos enmendastes las cortezas,
dad a la mejor parte medicina:
vuélvanse los tabladros fortalezas.

Que la cortés estrella que os inclina
a privar, sin intento y sin venganza,
milagro que a la invidia desatina,

tiene por sola bienaventuranza
el reconocimiento temeroso:
no presumida y ciega confianza.

Y si os dio el ascendiente generoso
escudos, de armas y blasones llenos,
y por timbre el martirio glorioso,

mejores sean por vos los que eran buenos
Guzmanes, y la cumbre desdeñosa

os muestre a su pesar campos serenos.

Lograd, señor, edad tan venturosa;
y cuando nuestras fuerzas examina
persecución unida y belicosa,

la militar, valiente disciplina
tenga más platicantes que la plaza;
descansen tela falsa y tela fina.

Sucedá a la marlota la coraza,
y si el Corpus con danzas no los pide,
velillos y oropel no hagan baza.

El que en treinta lacayos los divine,
hace suerte en el toro, y con un dedo
la hace en él la vara que los mide.

Mandallo así; que aseguraros puedo
que habéis de restaurar más que Pelayo,
pues valdrá por ejércitos el miedo,



y os verá el cielo administrar su rayo.